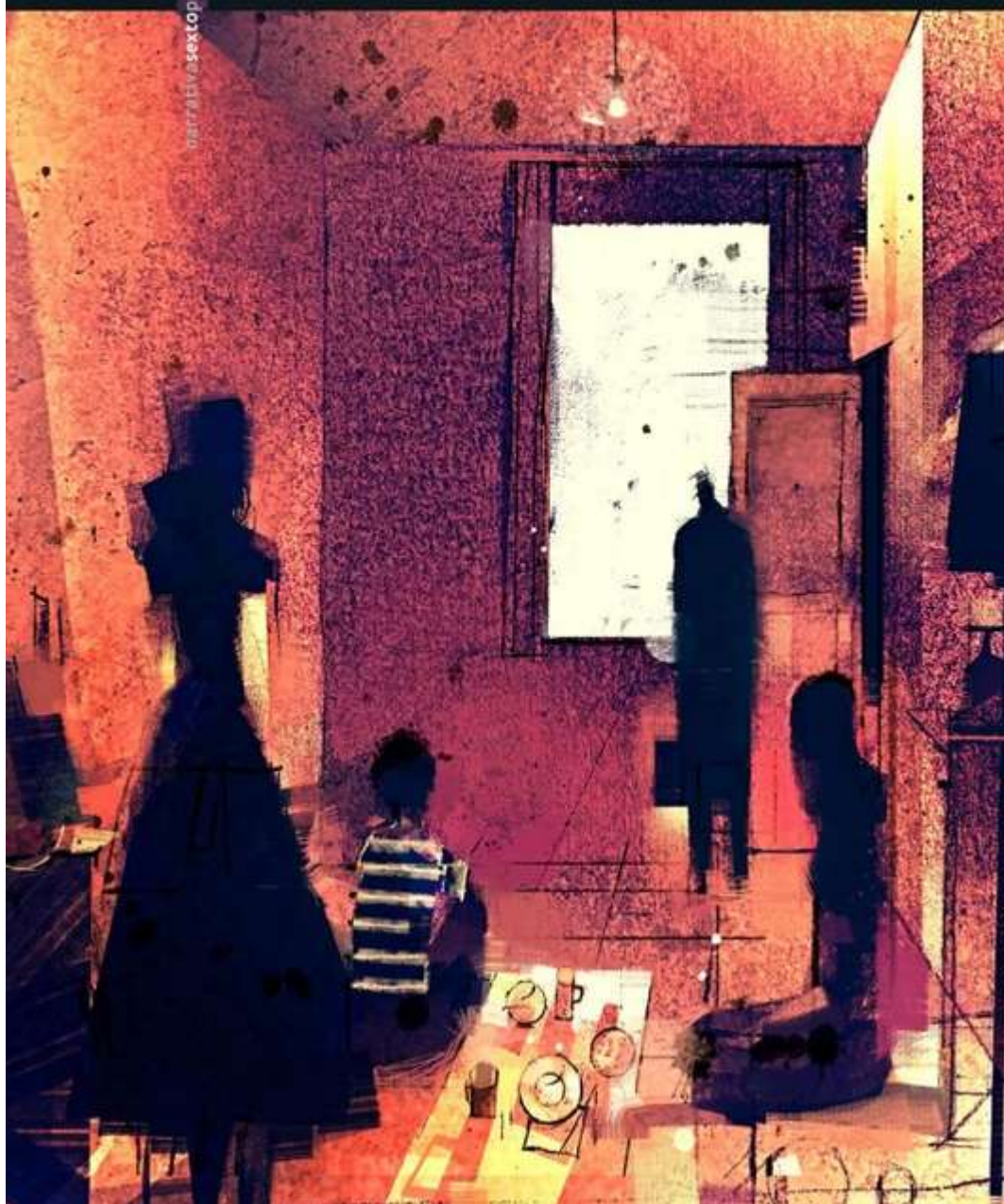


Los caídos

CARLOS MANUEL ÁLVAREZ

narrativa sextopiso



Los caídos

Los caídos

CARLOS MANUEL ÁLVAREZ



Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del
editor.

Copyright © CARLOS MANUEL ÁLVAREZ RODRÍGUEZ, 2018

c/o INDENT LITERARY AGENCY

www.indentagency.com

Primera edición: 2018

Imagen de portada

© PATRICIO BETTEO

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2018

París 35-A

Colonia del Carmen, Coyoacán

04100, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

eISBN: 9788417517014

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

Índice

Portada

Créditos

UNO

El hijo

La madre

El padre

La hija

DOS

El hijo

La madre

El padre

La hija

TRES

El hijo

La madre

El padre

La hija

CUATRO

El hijo

La madre

El padre

La hija

CINCO

El hijo

La madre

El padre

La hija

Para Rafael Alcides (1933-2018),
príncipe eterno, novio del mundo

Todos tenemos un hogar, y siempre es ahí donde las cosas van mal.

PHILIP ROTH

UNO

EL HIJO

Llamo a mi madre por teléfono para ver si se ha caído y dice que no. Nos quedamos en silencio por un momento. Sé cómo es todo a esta hora. La preocupación porque aún debe tapar la cazuela de los frijoles, la molestia porque la basura está a tope y nadie se toma el trabajo de botarla, la tristeza porque la madera vieja de las ventanas del cuarto se va a seguir pudriendo durante toda la vida.

De veras estoy bien, hijo, dice. No se ha sentido mal ni ha tenido mareos y ha tomado las pastillas en hora. Del techo cuelga la luz amarilla de un foco incandescente. Nos derretimos los soldados, y también las columnas de cemento roto y los bancos de piedra, las rejas herrumbrosas y los canelones del techo, arremolinándonos todos durante un rato en el tragante de la noche. Me despido, cuelgo el teléfono, abandono el puesto del oficial de guardia y vuelvo al dormitorio con las botas desabrochadas, arrastrando los pies. La camisa por fuera, el zambrán colgado al cuello.

Fueron a buscarme a la casa hace ya varios meses. El servicio militar es obligatorio a los dieciocho años, pero hay maneras de librarse. En mi barrio, algunos lograron zafarse con la ayuda de sus familias, que les inventaron certificados con no sé qué enfermedad congénita o sobornaron a la junta de admisión. Con un padre razonable, yo también me habría librado de toda esta basura, pero nadie en mi casa se atreve a hablar de soborno o de burlar la ley. Armando me dijo que estaba orgulloso de que fuera a cumplir mi deber, tal como él lo había cumplido en su momento. Me callé la boca, luego un gesto de desprecio. Armando ni siquiera se percató. Mi madre sí.

No puedo apartar ese momento de mi cabeza, aunque parece que en realidad no quiero. Es como una mosca que espanto con la mano y que regresa a posarse de nuevo. Ahora me queda muy poco tiempo de descanso antes de la guardia. La idea de que mi madre se pudo haber caído me hizo perder quién sabe cuánto, tal vez treinta o cuarenta minutos. No es sólo lo que te toma ir de la litera al puesto del oficial de guardia. Hay también un tiempo entre la primera vez que la idea te ronda y el momento en que decides ejecutarla.

Quieres seguir durmiendo y sientes que no vas a poder, las hilachas de sueño son como juncos de los que intentas agarrarte. El desvelo te sigue llevando río abajo. Todavía tienes los ojos cerrados, los otros soldados también duermen, y tú te resistes a creer que ya estás despierto, por un instante quieres pensar que sigues dormido y que sólo estás soñando

que te despiertas. Sin embargo, algo que escapa a tu control se ha puesto en marcha.

Abres la puerta de madera del dormitorio con el mayor cuidado posible para que los goznes no chirrien, no tienes interés en despertar a nadie y tampoco quieres que alguien te lance una bota, ya te has peleado alguna que otra vez. Es un cuarto de cinco metros cuadrados en el que indistintamente todos son amigos y enemigos, y en el que incluso todos son amigos y enemigos de sí mismos.

A las diez y media de la noche los insectos brincan alrededor de la bombilla amarilla del patio principal, un ruido de fondo que se acentúa a medida que avanza la madrugada. Cualquier cosa que mate el silencio es ganancia neta para el soldado y su salud mental. Avanzas por el pasillo, tu mirada se desliza sobre las cosas, no fija nada en específico, como si los objetos y las figuras y los conceptos que conforman el mundo se resistieran a ser mirados. Llegas al puesto del oficial de guardia, metes la mano por el ventanal de doble hoja entre los balaustres de hierro oxidado y tomas el teléfono del buró.

El oficial de guardia duerme, un capitán generoso venido a menos, como todos los tenientes o capitanes o tenientes coroneles que conforman esta unidad militar, repleta de gente alcoholizada que gastó sus años esperando y preparándose para una guerra que nunca llegó, o que llegó de otra manera y se les metió adentro y desde adentro se los fue comiendo.

Marcas el número de casa, reconoces la voz de tu madre, decides hablar con tu tono normal, y tu madre contesta con fluidez. Luego te quedas quieto un segundo y regresas al dormitorio. La camisa por fuera, las botas desabrochadas y el zambrán colgado al cuello. Va a tomarte otro tanto volver a dormirte. No sabes por qué en ocasiones tu madre tiene que hablar como si fuera una retardada.

Se dice que es la enfermedad, pero ¿qué significa eso? Te saca de paso la señora que en ocasiones se mete en el cuerpo de la madre que conoces y a la que tienes que seguir llamando madre cuando no hay nada en ella que guarde la más remota coincidencia con la madre que has conocido, salvo, quizás, ciertas características físicas, y ni eso, porque el adefesio que sobreviene tras las caídas sustituye, según dicen, la mirada transparente de tu madre por una mirada vaga e hipnótica, la boca normalmente repleta de comentarios por una boca reseca y torcida, más bien una mueca extraña, la piel tibia y vibrante, como son las pieles de las madres, por un pellejo pálido y ajado, y el cuerpo ágil e hiperquinético por una masa deforme y muy lenta, o ya, de plano, inmóvil, en la que nadie se podría proteger.

Va quedando poco menos de una hora para la guardia. Te oyes el trote cojo del corazón justo bajo el oído, como si el corazón estuviera en la almohada, un sapo escondido entre las fundas. Es un golpeteo incómodo, pero es la primera señal de que has empezado a dormirte: el

oído se voltea y empieza a escuchar para adentro. Luego reparas en algo muy vago, como el dolor de las articulaciones, que se ha vuelto un dolor agradable.

No intentas asirte a nada, sólo te dejas llevar por la corriente, como un cuerpo roto, hasta que algún junco se enreda en ti o algún remolino te chupa o te asientas en algún bajío, y luego lo último que piensas es que ya, que te vas a dormir, y que ése, que te vas a dormir ya, es el último pensamiento que por el momento vas a tener, y que luego no va a haber nada más en tu cabeza, y luego, en efecto, nada hay.

LA MADRE

Estoy viva y en blúmer y mi piel es amarilla. Soy un ovillo sobre la cama, las sábanas sucias. Finalmente me levanto y los poros se me erizan. Abro el escaparate, me pongo una bata de casa y me llevo hasta la cocina. Armando prepara café. Sus movimientos son pausados, carece de destreza. Cómo sujeta la cafetera, cómo abre la llave del fogón de gas, cómo prende el fósforo y lo acerca a la hornilla. Es tan lento que todos sus actos ya contienen en sí su propia repetición.

Me mira y sonrío y hay algo en su sonrisa que me descoloca. Me pregunta si quiero café. Le digo que sí, que un poco. Le pregunto cómo durmió y me dice que mejor que otras noches. Le pregunto si soñó y me dice que no. Lo dice como si yo ya lo supiera, pero ¿cómo puedo saber algo que no tendría por qué saber? No pregunto nada más.

Me alcanza el café. Ambos vamos hasta la sala y nos sentamos en los sillones de caoba. Uno tiene la rejilla rota. Enciendo el televisor, me gusta mirar la televisión aun sin ganas o aun cuando no haya nada que ver. A mi taza de café le falta el asa. Es pequeña, es de ese tipo de tazas por cuyas asas sólo cabe un dedo y que las personas de dedos gordos se limitan a sujetar por fuera, con el índice y el pulgar en forma de pinza.

Armando se mece con suavidad, pero el sillón traquea. Cuando le parece que he terminado, me pide la taza para fregarla. Le digo que yo lo hago. Va hasta el comedor, toma sus zapatos, sus medias oscuras, su camisa planchada y regresa a la sala. Ya tiene puesto el pantalón de trabajo. Como casi todos los hombres que presumen de estar informados, Armando, mientras se viste en las mañanas, mira el televisor. Aún no son las siete. Ya han empezado a transmitir las mismas noticias que transmitirán durante el resto del día, las mismas noticias de toda la vida. A mí me gustan, es la verdad.

Voy con las dos tazas hasta el fregadero de la cocina. Armando va al cuarto y despierta a nuestra hija. Le empieza a dar cariños. A Diego solía despertarlo más bruscamente, pero no sin ternura. Bromeaba con que Diego era un recluta de poca monta y lo tiraba de la cama con órdenes marciales. Le he preguntado a Diego y me ha dicho que en el servicio militar no despiertan así, que no sabe de dónde su padre sacó esos mandatos.

Seco la meseta, coloco la cafetera en una esquina, detrás del pozuelo con detergente de fregar. Miro mi cocina. Miro lo que tengo. Ordeno las cosas aun cuando el neurólogo me lo haya contraindicado. Hay un poder secreto en las labores de ama de casa. No es algo que

embrutezca, como dicen. Me calma ordenar los platos en el escurridor según su tamaño, colocar los vasos bocabajo para que se sequen.

Mi hija me dice buenos días y me besa el cuello. Luego sigue al baño. Armando toma el portafolio, las llaves del auto y se acerca para despedirse. Me aprieta los hombros, me encojo un tanto. Es un hombre atractivo. Tiene el cabello entrecano, un bigote tupido, la voz gruesa. La nariz es un poco ancha, pero los ojos son profundamente negros y transparentes. Su piel es mestiza, una tersa piel de verano.

Armando me dice que anoche tuve movimientos tónico-clónicos. Le pregunto si me calmó. No contesta. Me dice que descanse y que si entra alguna llamada extraña, por favor, cuelgue rápido. No sé qué cara pongo, pero Armando me sujeta y me lleva hasta la cama.

María sale del baño, va hasta mí y me pasa la mano por la frente. Al rato digo que estoy bien. Armando se marcha al trabajo. Me calmo. María entra y sale del cuarto y me trae un vaso de agua y unas pastillas. Miro mis pies pálidos y rugosos y luego me miro en el espejo. Mi cara es abrupta, desértica.

Hay una arruga que recorre el borde de mi nariz y se adentra en mi labio y lo corta. Mi labio, que parece un fruto seco, el soplo espeso de mi boca, mi cuello tambaleante, el grito apagado de mi piel. Mis ojos bovinos, cargados de húmeda resignación.

En el fondo del espejo, inmóvil, unos metros detrás de mí, la silueta silenciosa de mi hija. Vuelvo a la cocina, tomo la taza del asa rota y la echo en la basura. Agarro la cafetera, vierto el café en el tragante del fregadero. Abro la pila del agua. Disciplinadamente, durante esta media hora, las noticias de la televisión se han mantenido como música de fondo.

EL PADRE

Días como perros rabiosos. Pero yo soy un hombre íntegro que resiste, un hombre que sabe que los héroes de la patria resistieron más, un hombre que sabe que los hombres que son hombres llevan la procesión por dentro.

El carro ha vuelto a quedarse sin gasolina. Un Nissan del 95, bastante moderno. Yo hubiera preferido un Lada, un Fiat, algo de medio pelo. Estaba bien con eso para mí. Al Lada le sirven piezas de otros autos, va a todos lados, y no me hubiera fallado como ahora me falla el Nissan. No me quejo, me las arreglo solo. Se detuvo por enésima vez y ahí lo dejé, a medio camino, en la cuneta de la carretera. Estuve sacando la mano durante media hora hasta que un ómnibus me recogió. Esto viene sucediendo desde hace semanas, pero sigo con el combustible asignado.

El tanque debe tener algún salidero. En mantenimiento me dijeron que no, que todo óptimo. Quizás me estén engañando, no lo descarto. Con los jefes nadie simpatiza. Yo, en realidad, tampoco. Pero la diferencia es que mis jefes son corruptos y yo soy un jefe honesto e intachable, como el Che Guevara, que visitó una fábrica de bicicletas y el administrador de lambiscón quiso regalarle una bicicleta para la hija y el Che lo puso de vuelta y media, diciéndole que esas bicicletas no eran suyas, o sea, del administrador, sino del Estado y que no podía regalarlas.

Ahora todos toman lo que les dan, y lo que no les dan también. A veces yo creo, aunque por supuesto no lo digo, que los héroes de la patria la tuvieron más fácil que yo. Dicen que esos tiempos eran duros, pero tiempos duros de verdad los tiempos en los que nadie quiere hacer nada, tiempo de crisis de valores, de simpleza espiritual, de poco temple. Los mecánicos del taller no quieren trabajar. Se pasan el día sentados en los carros, fumando, haciendo cuentos o diciendo cualquier cosa, embutidos en sus overoles llenos de grasa, metiéndose con las mujeres que pasan por la calle trasera del hotel. Los choferes y los mecánicos y los de chapistería. Mano dura con todos.

Me miran con cara de obediencia, pero el resentimiento los desborda. Lo puedo ver, mientras uno de ellos sale a remolcar mi Nissan y a traerlo hasta el hotel. Todavía no son las nueve de la mañana y ya están hartos. A veces este país es demasiado bueno con su gente. Les da mucho a cambio de muy poco.

Subo hasta mi oficina. En el trayecto, un par de trabajadores me saludan. Mi secretaria me dice que encima del buró tengo varios documentos para firmar, me pregunta por Mariana, que está mejor le

digo, y sale a buscarme al pantry un poco de café. Es más que austera mi oficina. Un ventilador de techo, un buró, un sofá, tres sillas para reuniones, el teléfono, una computadora de escritorio, los retratos de mis hijos, una pirámide de cristal como pisapapeles, y en forma de pergamino una pieza de madera con una frase tallada de Ho Chi Minh. El primero en cruzar el río, el último en llegar al banquete, dice.

La secretaria trae el café. Lo bebo a sorbos, muy amargo para mi gusto. Firmo todos los documentos salvo uno, que me ha enviado el funcionario del Partido. Le digo a la secretaria que me agende una cita con él. Me pregunta para qué hora. Para la una, digo, después del almuerzo. Mi secretaria no es joven, no es bonita, no es discreta. Es una vieja de sesenta años que ha sido secretaria de directores de hotel o que ha trabajado en el giro del turismo durante dos tercios de su vida, mucho antes de que existiera la industria del turismo como tal.

Hago el recorrido diario por las instalaciones: la lavandería, la cocina, los restaurantes especializados, los bungalows de la playa. Estamos en temporada alta. En la piscina tengo que intervenir porque dos rusos, después de zamparse una botella de vodka por cabeza, ya se han ido a las manos y aún no es mediodía.

Almuerzo en el comedor obrero. María se acerca y me pide un minuto. Es la capitana de salón del restaurante de comida criolla. No me da rodeos. Me gusta eso de ella. Ésta es una época, lo reconozco, donde las cosas son dichas con tres veces más recursos y palabras y enredos de los necesarios. Casi no se entienden las cosas que se quieren decir. María quiere hablarme de René. No hay nada que hablar, le digo. Me dice que le dé una oportunidad. Le digo que aprecio su trabajo, que es mi hija y la valoro y la respeto, pero que ahora se largue.

Nadie más habla conmigo en el comedor. Vuelvo a mi oficina para la reunión con el funcionario del Partido, que me espera sentado en la antesala, revisando el periódico principal. Le digo que pase, abro la puerta, y lo dejo que entre primero. No me soporta. Hace un año les encargó a los reposteros del hotel un *cake* de tres pisos para la fiesta de quince de su hija y yo cancelé el pedido. Le conté la anécdota del Che Guevara y la bicicleta. No sé si la entendió.

Le digo que no puedo firmar lo que me pide. Quiere que autorice la baja de un barman y un dependiente para enviarlos interrumpidos durante un mes a una concentración militar. Son de mis trabajadores más eficaces. Me pregunta si son amigos y le digo que no. Me dice entonces que puedo enviar a mis dos trabajadores a la concentración militar y que puedo subir a un barman y a un dependiente ya elegidos de la reserva hotelera. Le digo que por qué no envía a ese barman y a ese dependiente inexpertos a la concentración. Me dice que perfecto y se marcha.

La tarde se adormece, una benadrilina del tamaño del sol. Me entra sueño, pero no quiero dormir. No quiero invocar los malos pensamientos que de un tiempo a esta parte los sueños me han estado

trayendo. El insomnio es puro síntoma de querer controlar la vida. La secretaria me pide permiso para asistir a la reunión de padres de su nieto, que ahora cursa la primaria, y se lo concedo. Luego la jornada vuelve a encarrilarse, entre llamadas telefónicas y lecturas de presupuestos anuales.

Antes de volver a casa, sobre las seis de la tarde, me quedo un tiempo de pie frente a la piscina. En la mano mi portafolio, bien agarrado. Siento el fluir del agua clorada, el agua entrando en el agua. Me agacho, meto los dedos y los pego a la válvula reguladora, que succiona. Luego me pongo de pie y ya estoy en el parqueo, dentro del Nissan, con mi portafolio en el asiento del acompañante, y ya arranco el auto, sin despedirme de nadie.

Mariana se ha vuelto a caer. Ya María estaba ahí. Sale antes que yo del hotel, en el ómnibus de los trabajadores. María ha recogido a su madre de la sala, tendida entre uno de los sillones y el multimueble, con el mando del televisor en la mano. Se ha vuelto a golpear en la clavícula y se ha partido el mentón. Está dormida ahora, yo preparo la comida. No lo digo, pero no sé qué voy a hacer, qué con eso vamos a hacer. María se va a su cuarto.

Me esmero. Carne en cazuela, frijoles y arroz blanco, aguacate maduro. Con Mariana he discutido, no me gusta que cocine ni que se acerque al fogón. No me gusta que ande con cuchillos, no me gusta que la consuma el sudor que se segrega en la cocina. Ella insiste, se escabulle durante el día, y entonces sucede lo que sucede. Los ojos me arden.

Pasado un rato, siento una sombra que se acerca. Casi a rastras ha llegado hasta la cocina. Suele despertarse sobre esta hora. Luego me da un beso en la comisura. Lleva una bata de casa deshilachada. Es alta, la piel muy blanca, los ojos redondos y, a pesar de todo, luminosos. En la piel todas esas marcas. La sigo viendo bonita. Ella dice que no, pero yo digo que sí. Ella dice que no, pero yo pienso que sí, aunque no la contradigo, porque a quién sino a su mujer va a complacer uno.

Cómo me fue, pregunta. Le digo que el Nissan se volvió a quedar sin gasolina. Me dice que cómo no le he encontrado todavía una solución a eso. Le digo que no sé qué más puedo hacer. En mantenimiento ya lo han revisado. Yo lo he revisado, aunque mucho no sé, y tampoco le he encontrado desperfectos. Ella me dice que si estuviera bien de salud, lo revisaría y algo le encontraba. Le digo que es verdad, y lo es. Mariana solía resolverlo todo, era muy sociable. Es bueno tener una mujer que te complemente.

Preparo la mesa, llamo a María. Nos sentamos todos. No siempre comimos tan bien, pero ahora sí, y es lo que yo digo: en la mesa de un hombre honesto se puede comprobar si el país ha mejorado o no. En la mesa de un hombre que no pone en la mesa más de lo que corresponde. Y cuando me dicen que todo va a peor, yo pienso en mi mesa, en mi

mesa ahora y en mi mesa hace diez años, y sé que todo no va peor, sino que mejora todo, sí que lo hace.

Escuchamos los ruidos del tenedor y los platos y las cucharas entrechocando. Escuchamos el ruido de las bocas al masticar. Escuchamos el ruido de la mesa que cojea y el ruido de algún suspiro que alguno de nosotros emite y que es como si lo emitiera por los tres. Escuchamos el ruido gutural del agua en la garganta, como un tragante. Mariana comenta que la volvieron a llamar.

El estómago empieza a dolerme, pero siempre muy sereno yo, ojo, siempre muy sereno. La voz es chillona y se burla. No quiero seguir hurgando. Debemos ir a la policía, digo. A la policía no, dice Mariana. No dice nada María. No sé cómo salir del tema, y hago el cuento del funcionario del Partido. Mariana se alisa el cabello, el poco que le queda, y me regaña.

Luego nos sentamos frente al televisor y vemos el noticiero. Le prestamos interés al parte del tiempo, es una tradición. Vemos la telenovela, donde los malos están empezando a caer. Luego nos acostamos. Tapo a Mariana con dos sábanas. Logramos dormirnos rápido, pero en algún punto de la noche el teléfono suena de nuevo y volvemos a despertarnos. Un timbre, dos. Mariana me mira. Tres timbres, cuatro. Si es Diego, me dice. Si algo pasó, me dice. Nada. No hacemos nada. Ella quiere y yo lo impido. No se sabe qué dice un teléfono si nadie lo levanta.

LA HIJA

La primera vez fue hace cinco meses, un golpe sordo. El cuerpo humano no suena como los búcaros. No suena como los vasos de cristal. Suena como los sacos de cemento, como esos diccionarios gruesos y duros. Había una punta de sangre en la escuadra del escaparate, enseguida la vi. Mamá estaba en el suelo, inconsciente. Tenía en el pómulo un hueco que funcionaba como una pitera. Hice todo lo que no se debe hacer. La moví de sitio, intenté ponerla en otra posición. Es que parecía un bulto. No pude pararla, es una mujer alta y pesa mucho. Empezó a moverse como al tercer minuto y al rato ya había recuperado la conciencia. Pensamos que era una cosa aislada, pero una piensa tantas cosas.

La segunda vez fue en el balcón delantero, regando las plantas. La tercera vez fue en el balcón del fondo. Lavaba a mano unas camisas de Diego que se había encontrado en algún gavetero. Es uno de los síntomas, hacer de repente cosas que no tienen ningún sentido. Yo le pregunté qué hacía, me dijo que lavar las camisas de Diego. Puso una cara bastante infantil, como de niña traviesa o complacida. Sus puños no dejaban de restregar contra los pliegues del lavadero de cemento, que son como las costillas de un fumador viejo. Yo le dije que por qué lavaba camisas que Diego no se iba a poner y me dijo que Diego sí se iba a poner esas camisas, que la había llamado por teléfono, que le iban a dar pase el próximo fin de semana y que iba a venir a casa.

No quise contradecirla, me quedé observándola. Entonces se viró y empezó todo lo raro. La cara se le fue, a ver, contrayendo, como cuando cierras un puño, todo como que iba reuniéndose alrededor de la nariz. Los ojos se descolgaban, la frente y la boca se encogían y los cachetes empezaban a secarse. Ahí rompió a llorar y se desplomó.

No sé dónde se metió el resto de su cuerpo. La cabeza le rozó con el filo del lavadero y la frente golpeó de lleno contra el borde del cubo de metal donde había más camisas en remojo, un reguero de trapos metidos en el agua embarrada de jabón. Me quedé tranquila, no había nadie más en casa. La primera y la segunda vez tampoco había nadie más. Pensé que sólo era algo mío y de mi madre y no que estuviera sucediendo en verdad. Como una señal, ¿no?, como un código femenino. Pero no era nada de eso.

Empecé después a llenarme de miedo y a ponerme triste. De alguna manera, unas manos seguían restregando las camisas de Diego. Las camisas se volvieron trapos rotos y mamá tenía los ojos en blanco. Luego mi padre llegó del hotel. Soltó el portafolio y cargó a mamá. Fue un lío, el balcón del fondo es estrecho y además está siempre repleto de

cosas. Aquello me ponía un poco loca: la lavadora automática que compré para cambiar la vieja lavadora Aurika que ya no daba más, las jabas de tela embarradas de tierra roja, el bolso de los palillos de tender, el cesto de la basura, la esquina con los instrumentos de limpieza, el recogedor, el haragán, una escoba nueva y dos escobas desfleadas, las tendederas con algún blúmer colgado, las bolsas de leche vacías puestas a secar, enganchadas en el trenzado de las sogas, el viandero de hierro y, dentro, alguna cosa cualquiera de comer, no sé si plátanos o yucas o boniatos o papas, nunca todo junto, claro, y algunas ristras de ajos medio secos también.

Debajo del hueco del lavadero, me di cuenta en ese momento, habíamos acumulado como los escombros, una cosa así. Había paños con grasa, colchas de trapear llenas de huecos, un destupidor de baño, un pomo de cloro vacío, otro de desinfectante, embudos de plástico improvisados y un cubo con herramientas y clavos oxidados.

Luego supimos que cuando mamá se cayera, teníamos que dejarla en el lugar, porque esas maniobras podían maltratarla. Dolores en los músculos, en las articulaciones. Cargamos con ella para el hospital, electroencefalogramas, tomografía axial computarizada, resonancia magnética nuclear, y después de tres semanas de estudio salimos con un tratamiento de clobazam y valproato de magnesio que ahora cambiamos, porque ése no asentó, a topiramato y clonazepam, aunque éste tampoco ha servido de mucho.

El diagnóstico dice que la paciente padece de epilepsia parcial a predominio de lóbulos temporales y una causa que los médicos llaman secundaria a tratamiento de quimioterapia. Seis años atrás, mamá se operó de un cáncer de útero. Yo lo supe, pero Diego no. Diego, de hecho, todavía piensa que la epilepsia de mamá salió de la nada.

La epilepsia o trastornos convulsivos, me han explicado, son alteraciones periódicas de la actividad eléctrica cerebral, y los lóbulos temporales son la zona de mayor disfunción en el caso de mamá. Controlan la memoria y las emociones, controlan los estados de ánimo y unen la audición y el lenguaje. Las convulsiones aparecen con más frecuencia cuando la persona enferma está sometida a estrés físico, a estrés emocional, a falta de sueño, aunque también a otras causas.

La crisis de epilepsia o el trastorno convulsivo de mamá se expresa a través de una caída al piso con auras, que es lo que precede a la crisis. Pueden ser sensaciones olfativas, gustativas, visuales. Luego vienen los movimientos tónico-clónicos, las convulsiones que duran aproximadamente de uno a tres minutos, y más tarde aparecen trastornos del lenguaje y la dificultad para coordinar movimientos y caminar. Mamá no recuerda lo que ocurre durante la convulsión, no comprende lo que se le dice. Puede aparecer el dolor de cabeza, la fatiga extrema, el cansancio y el sueño.

Me aprendí todo esto de memoria, visité a Diego en la unidad militar y le expliqué. Le dije que tenía que volver a la casa cuando le dieran pase. No entendió, dijo que no era posible. Dijo que qué era mamá. ¿Era un vegetal? ¿Era acaso un vegetal? ¡Qué estupidez! Si los lóbulos temporales, como yo decía, controlaban la memoria, las emociones y los estados de ánimo, mamá iba a estar cayéndose todo el tiempo, ¿no? Si uno no está recordando, está emocionándose, o está siempre expuesto a una emoción inminente, sea cual fuere la naturaleza de esa emoción. Disgusto o alegría o melancolía o esperanza o cualquier cosa.

Siguió hablando, siempre tiene una manera muy complicada de ver las cosas, como que se enreda. Yo creo que en eso es idéntico a nuestro padre. Me dijo que el tema de las emociones y la memoria era un asunto tremendo. Yo no lo veía así. Yo no veía nada, en realidad, pero lo que me parecía tremendo eran las caídas. El golpe, la sangre, la enfermedad, el deterioro, y un poco la humillación. Ahora estás aquí y ahora algo pasa y te vas a un lugar peligroso, como un viaje a la fuerza del país de los sanos al país de los enfermos, ¿no?, como si te desterraran. Eso era lo peligroso, no la memoria ni las emociones.

Le dije a Diego que su hipótesis no tenía ninguna fundamentación médica. Me dijo que yo no entendía, que si la memoria y las emociones eran lo que generaba las crisis epilépticas de mamá, para mamá salvarse iba a tener que embrutecerse. Dejar de emocionarse y dejar de recordar. Pero si dejas de recordar y dejas de emocionarte, ¿qué eres, eh? ¿Qué eres?, dijo. Oye, le dije, oye, ¿qué te pasa? Hicimos silencio y después él dijo que las cosas se iban a poner mucho peor.

Y sí que se pusieron. Mamá continuó cayéndose, tuvo que abandonar el trabajo. Prohibió que los alumnos de la secundaria o que las otras maestras de la escuela la visitaran. A veces llega a sufrir unas ocho crisis semanales y no todas podemos evitarlas. Los golpes la muelen, hacen que olvide con qué palabras se dicen las cosas que quiere decir, pero a veces tiene destellos de memoria, como trances en los que recuerda algo olvidado de su infancia o de su adolescencia o de la niñez mía o de Diego. Recordar esas cosas la alegra, y yo sé que no hay nada de qué alegrarse. Sé que es preferible que no recuerde nada que no tiene por qué recordar. Y después, en algún momento, todo empeoró aún más. Las llamadas anónimas comenzaron y mi padre echó a René del hotel, lo que aumentó la carga sobre mí.

Yo sigo haciendo lo que ya he venido haciendo. Le dije a mamá que quería dejar el trabajo y quedarme en casa para cuidarla. Mamá me dijo que no podía. Sé que no puedo, pero le dije que quería, para que ella supiera. Sigo trayendo la comida, dividiéndome en tres y en cuatro. No veo televisión ni tengo, a mis veintitrés, ningún entretenimiento disponible. Tampoco creo que algo logre entretenerme. Lo único nuevo es que en los últimos meses desarrollé un instinto para los ruidos. Incluso en el hotel, donde sé que mi madre no puede estar. Reacciono ante todo lo que se caiga o cruja.

Pasadas las suficientes caídas, el cuerpo a veces suena como suenan los sacos de cemento y como los libros anchos y duros tipo diccionarios, pero a veces también suena como los vasos de cristal o como los búcaros de porcelana. Soy una gata asustada. El tenedor que se cae me eriza. Igual no digo nada, punto en boca. Creo que soy buena hija y que soy buena en general.

DOS

EL HIJO

La base de la felicidad radica en dormir las horas necesarias en el horario elegido. No es seguro que después de haber dormido lo suficiente vayas a ser feliz, pero lo que sí es seguro es que si no duermes lo suficiente, o duermes a deshora, no podrás serlo. En el centro de la angustia mundial, en el corazón de la mediocridad, reside el hecho de que toda esa masa informe de hombres y mujeres, niños y niñas, tienen diariamente que despertarse al amanecer, sobre las cinco y media o seis o seis y media de la mañana, y acudir a regañadientes a sus trabajos o a sus escuelas, cabizbajos, como ganado conducido al matadero diario, instituciones que odian con toda la soñolencia y el letargo, pero a las que le siguen rindiendo pleitesía.

El día nace torcido. Todo lo que ocurra después tendrá por fuerza que salir mal, porque ¿qué puede salirle bien a una persona que se ha despertado de madrugada? ¿Hay acaso alguna rutina más terrible que escuchar el despertador, estirar la mano y apagarlo, levantarse a oscuras, soltar esa tristísima serie de bostezos, quitarse las lagañas, desayunar un pan viejo y un poco de leche, cepillarse los dientes, vestir el uniforme de recluso social, y todo esto sin haber despertado por completo, con el día aún a oscuras y el frío de la mañana lavándonos la piel?

La rutina de los soldados en el servicio dentro del ejército, de hecho, es aún peor. Cuatro horas por cuatro horas un día sí y un día no. El día sin guardia lo ocupamos en algún trabajo colateral, siempre labores duras como mover de sitio dos silos de minas antitanques, o un lote de cajas de AKM, o limpiar con grasa decenas de cargadores de fusil, o pintar con cal una buena parte de la cerca lateral de la unidad, un muro desconchado de dos metros y medio de alto, o chapear durante seis horas el patio del fondo, o raspar la costra de tizne que se pega en la cocina.

Éste es el sector militar del pueblo. Quedamos en las afueras. Las calles que nos rodean no están asfaltadas y sólo en la acera frente al portón de entrada hay una línea dispareja de hogares ocupados por amas de casa, algunos cocheros, herreros, vendedores de yerba, y caballos y yeguas famélicas que, cuando no están ensilladas, descansan en establos con pisos de tierra. El resto, por el costado y el fondo, más allá de las cercas, es un matorral tupido en el que a los soldados no se nos ha perdido nada y que guarda muy pocos sonidos, algo que a las tres de mañana lo vuelve más siniestro, más terrible.

Aquí hay cajas con fusiles, cámaras antigás, minas terrestres, palas cortas para cavar trincheras, municiones de diverso calibre y un almacén de uniformes. Todo para abastecer a la gente en cuanto llegue la guerra, aunque creo que la mayoría del aseguramiento ya se ha echado a perder. Nuestra misión, no obstante, es preservarlo, cuidarlo. Hay dos postas, la uno, que consiste, durante el día, en atender el punto de control de pase, abriéndole el portón a los carros que entran, saludando a los militares en posición de firme, y, durante la noche, en recorrer el patio central, vigilar el almacén de ropas y el parqueo de carros, y la dos, que consiste, tanto de día como de noche, en merodear por el patio del fondo, entre las matas de mango y aguacate, y custodiar el puesto del armamento y la cocina.

Hay soldados que tienen que cumplir dos años de servicio militar y hay soldados, los que obtuvieron carrera universitaria, como yo, que sólo tenemos que cumplir uno. A mí últimamente me miran mal. Es porque me queda poco tiempo. Hoy han estado chismorreando de mí en el albergue. Lo sé porque entré de golpe y todos se callaron. Descansé media hora después del almuerzo y salí para mi guardia. Los turnos van de ocho de la mañana al mediodía, del mediodía a las cuatro de la tarde, y así sucesivamente. En el servicio, las horas comprimen igual que un tornillo de banco.

Ahora llevo mis gruesas botas Coloso con sus casquillos delanteros y sus cordones trenzados hasta las pantorrillas, el uniforme verde olivo, el zambrán ajustado a la altura de las caderas, la bayoneta colgada en el zambrán, la gorra apenas superpuesta para que pese menos, como si se hubiera posado sobre mi cabeza, y estoy cubriendo el turno que va desde el mediodía hasta las cuatro de la tarde y que los soldados hemos bautizado como el gran bostezo. Aun de pie, simulando el recorrido de la guardia en plena digestión, podemos quedarnos dormidos, y dormidos podemos seguir caminando, y todo lo que hacemos lo hacemos dormidos, como si estuviéramos todavía dentro del mismo recipiente, pero fuésemos temporalmente otra sustancia más viscosa.

Un oficial llega en su jeep. Voy hasta el portón. Lo abro lo más rápido posible, intentando por todos los medios que el oficial repare en cuán eficiente puedo ser a la hora de abrir el portón de entrada, aunque a ciencia cierta no hay ningún método real mediante el cual un soldado puede probar que es más eficiente que otro en el arte de abrir el portón de entrada, salvo, por supuesto, apurarte lo más posible, algo que a la larga a los oficiales les interesa bien poco o, para ser sinceros, nada.

El sudor me empapa los muslos y la coronilla. Me estoy cocinando. No siempre es así. Tengo un reloj corporal que no me falla. En la mañana, la luz planea sobre las cosas y a veces corren ráfagas de aire. El calor es mínimo, el día es apenas consistente. Después la luz sube y cualquier rastro de humedad desaparece. Al mediodía, la claridad lo vuelve todo un tanto más oscuro, la luz hace lo contrario de lo que se supone que deba hacer y las figuras pierden los contornos. Luego el sol alcanza su cénit durante algunos segundos y la claridad adquiere propiedades

líquidas. Embarra, inunda, fluye, hace olas, se desborda, ahoga. A esta hora, el sol es finalmente un sol de hierro, duro, que viaja como una pedrada, y sobre esa cama descansamos.

Pero el día es un trámite para el soldado viejo. Es la noche la que mide la fortaleza de nuestra salud mental. En la madrugada, contrario a lo que se cree, todos los objetos están despiertos y todos te miran. Un soldado puede escuchar lo que las paredes y las columnas le dicen, pero nunca debe contestar. El recurso más básico es la masturbación. Mi cuota es tres pajas por turno. La primera paja la suelo posponer al menos durante las primeras dos horas de guardia, para llegar a la mitad del trayecto sin esteroides. No es lo mismo pensar que te quedan tres horas de guardia y tres pajas de reserva que pensar que te quedan tres horas de guardia y que ya te has gastado una paja. Hay más tiempo reservado para ti en la segunda opción.

Existen otras armas: perderle el miedo a la noche o a la oscuridad, perderle el miedo a los ruidos, saber que los ruidos son amigos y que el verdadero rival es el silencio, premiar los recuerdos agradables, desterrar los recuerdos dañinos y, si no se tienen muchos recuerdos agradables, como yo, entonces no recordar, poner la cabeza en blanco y trabajar en tiempo real, guardia por guardia, hasta que la guerra llegue.

Hay, además, un arma secreta que todo soldado tiene a partir de sus circunstancias concretas, de la persona específica que es, pero que nadie ventila, ese acto siniestro que cada cual perpetra en su estricta soledad. Si logras finalmente dar con la tecla, todo será más llevadero. Así, por ejemplo, con tanto ajeteo, no me alcanza el tiempo para pensar en mi madre. Ocupado como estoy con nada, no tengo cabeza para mucho más.

LA MADRE

Armando bebe un poco de agua y me esquivo la mirada. No le gusta que lo reprenda, pero no lo reprendo, le aclaro lo que no puede ver. Me ha dicho a la mesa, entre bocado y bocado, que el funcionario del Partido le pidió sustituir a un barman y a un dependiente del hotel por dos nuevos, subidos de la reserva. Me ha dicho que se negó. Le he dicho que no se podía negar. Me ha preguntado que por qué. Le he dicho que porque el funcionario del Partido quería subir a dos hombres con los que estaba en contubernio para robar. Me ha dicho que por eso mismo se ha negado. Le he dicho que, como se ha negado, van a creer que él ya está en contubernio con los dos trabajadores que no ha querido sustituir, y que ése, el robo en común, va a parecer la razón por la que él se niega, y no ninguna otra, sea cual sea.

Por convicción, me ha dicho, me niego por convicción. No puedo permitir que roben, me ha dicho. María se concentra en su plato de comida. De acuerdo, por convicción, le he dicho, y Armando se larga a contarme la anécdota del Che Guevara, quien un día rechazó la bicicleta que el administrador de una fábrica le había obsequiado para su hija. Esas bicicletas, dice Armando que dijo el Che, son propiedad del Estado y no tuyas.

He oído esa historia muchas veces. No sé si Armando se la ha inventado o es real. Es una historia que hace que me duela la cabeza. La oí cuando lo movieron de puesto, hace un año y medio. Armando trabajaba entonces en la delegación provincial del Ministerio de Turismo y lo asignaron director del hotel. Enseguida quiso despedir a María porque podían acusarlo de nepotismo, pero María trabajaba en el hotel antes de que Armando llegara, por lo que no podía hacer mucho. De hecho, unos colegas suyos, de Armando, le habían conseguido el puesto a María como capitana de salón. A escondidas. En su momento, Armando se insultó. Yo tampoco hubiese querido que María abandonara la universidad, pero ella lo prefirió así. Bien mirado, casi no nos quedaba más remedio. Fue un alivio para mí.

Luego María conoció a René y se hicieron amigos. Yo pensé que comenzarían un noviazgo y lo deseé con todas mis fuerzas, pero no sucedió. No obstante, por alguna razón René también comenzó a ayudarnos. Luego Armando entró al hotel y, como René nos visitaba, lo hizo su chofer entre todos los choferes. Eso no conviene, me dijo René. Con el mayor respeto, no me conviene manejarle al director, me dijo. Pero no era al director a lo que se refería. Era, específicamente, a Armando. No le convenía manejarle a Armando. Te entiendo, hijo, le dije, mientras le alcanzaba una taza de café. Lo recuerdo. Una taza de

café humeante que René agarró con unos dedos en los que yo podía ver los restos de la grasa del carro, el churre bajo las uñas, y la tarde entrando a plomo a través de mi balcón y posándose en el hueco de su mano.

Terminamos la comida. María se encierra en su cuarto, dice estar cansada. Armando friega y yo me voy a ver la televisión. Entra una llamada y Armando se apura en tomarla. Es para mí. A través de señas, le digo que diga que no estoy. Es un exalumno queriendo saber, preocupándose. No quiero hablar con ninguno, la verdad. Durante veinticinco años eduqué a chiquillos que luego la vida iba a echar a perder. Me hubiera gustado dedicarme sólo a mis hijos. Pero todo eso ha quedado atrás. Quienes eduqué y quienes no.

Cerca de la medianoche, Armando cierra las ventanas, le pasa pestillo a la puerta y nos acostamos. En la madrugada, llaman por teléfono y me asusto. Armando me impide responder. Hay chispas saltando adentro de mi cabeza. Aprieto las mandíbulas y me acerco a él. Hace frío y estoy sola y amanece. Aunque he dormido, no siento haber descansado.

Armando y María se van al trabajo. No tengo ganas de hacer nada. Busco en las gavetas, cambio las sábanas de la cama y vuelvo a acostarme. Mi cuerpo como un país que a veces recorro. He esperado durante meses sobre los bancos de hierro que atornillaron en la circunvalación de mis oídos y nadie ha acudido, ningún auto, ningún carretón, ningún mensajero.

Atravesé el arco de mi frente, pensando que se trataba de la avenida principal de la ciudad, pensando que la recorrerían ómnibus y que habría semáforos y vendedores de periódicos en sus esquinas, hasta que un polvo rojo y viejo me inundó los ojos. Las rocas rodaban y caían con estrépito. Nadé largas millas adentro, en las aguas oscuras. Bajé tantas brazas como me permitieron los pulmones. Me pareció que allí, a esa profundidad, alguien acechaba y mordía el fondo, pequeñas langostas ciegas, criaturas penosas, frágiles, asustadas y deformes por el pánico. Pero tampoco podía distinguirlas.

¿Qué soy exactamente, si ya sé que no soy toda esta carne? ¿Dónde queda mi casa, mi habitación? ¿Qué parte de mi cuerpo pueden matar que no me duela? ¿Qué parte me dolería como un pariente lejano? ¿Qué parte me dolería como un familiar y qué parte me dolería como a mí? No soy un glóbulo recorriéndome de arriba abajo. Me mantengo bastante quieta, acurrucada detrás de una zona específica, intentando que la muerte no me encuentre. Miro mi mano, la nuevo, y puedo sentirla independiente de mí. Puedo entender que yo no soy esa mano, y que estoy localizada en algún punto fuera de ella.

Me levanto, voy hasta la cocina y tomo agua. Alguien habla desde el televisor, aunque yo no recuerdo haberlo encendido. Tampoco lo apago. Un profesor imparte clases en inglés. Miro el techo. Veo figuras, pero no logro precisar ninguna. Veo manchas. Cierro los ojos. También veo

figuras y también veo manchas y tampoco logro precisarlas. Las palabras del profesor son música para mis oídos. Tiene una voz dulce y, dentro de la voz, esa última cerradura inevitable de los idiomas que no son el tuyo. Es lo que creo que soy dentro de mi cuerpo. Soy su idioma. Nada más.

El profesor, escucho, pregunta qué es el estudio de la química. Se hace silencio. Químicos, parece decir un alumno. ¿Químicos?, dice el profesor. Y luego dice no, y luego, creo, dice que lo que la química estudia no son los químicos. La química es técnicamente el estudio de la materia, dice, pero yo prefiero verla como el estudio de los cambios.

Estoy tan calmada que no me siento latir. Voy hasta la sala, leo los subtítulos, mi inglés no es lo suficientemente bueno. Observen esto, dice, los electrones cambian su nivel de energía. Sigo latiendo. Lo sé porque de lo contrario no podría pensar que no estoy latiendo. Las moléculas cambian sus enlaces, dice. Su voz es grave, noto que al profesor le gusta enseñar. Los elementos se combinan y se transforman en compuestos. Eso es la vida misma, ¿verdad?, pregunta. Asiento. Justamente eso es la vida misma. Es la constante, dice, el ciclo. Solución, disolución, una y otra vez. Es crecimiento, descomposición y luego transformación, dice. Después agrega algo que no logro leer a tiempo.

Me gustaría tener sexo con ese profesor, su voz extranjera filtrándose en mi oído.

EL PADRE

Me mantuve sentado cuando el carro se apagó, con el cinturón apretándome la barriga. Miré por el espejo retrovisor. Otros muchos carros venían detrás, y también venía una rastra grande, sin baranda, que cargaba contenedores, y venía a lo lejos una bicicleta con un señor y una niña encima. Parece que el señor era su padre y que llevaba a la niña a la escuela, y no sé si eso lo vi desde la primera ojeada, seguro no.

Creo que en la primera ojeada todo lo que vi, después de la rastra, fue la carretera vacía, como la línea de asfalto que es, como la cicatriz de cemento que las carreteras son. Creo que hasta mucho después no vinieron a aparecer el padre y la niña. En cualquier caso, yo me quedé sentado en mi asiento el tiempo necesario, con el cinturón apretándome la barriga, hasta que el padre y la niña aparecieron allá en lo último de mi espejo retrovisor, apenas como un punto indiscernible, algo que en la distancia no se sabía con exactitud lo que podía ser, pero que en la medida en que se acercó, un padre y su niña fueron. Pasaron por mi lado, ella en uniforme de primaria, con pañoleta roja, la bolsa de la merienda enganchada al timón. No iban conversando, pero igual parecían tener una ejemplar relación padre-hija.

Recordé un día específico, mucho tiempo atrás. Estábamos en los años duros, yo no había ido a trabajar. Tenía una especie de febrícula, un malestar ligero. Me mecía en el sillón de la sala y Mariana se acercó y se sentó en mis muslos con su olor a fastidio. Todo el mundo por aquella época olía a fastidio. Era casi mediodía. Mariana vino de la cocina, con los vapores y la manteca agriándole el sudor y la piel. No había ido a la escuela con tal de cuidarme. Un brillo espeso le cubría los brazos y el cuello, los mechones de pelo pegados a las sienes.

Me besó, me miró y volvió a lo suyo, al ajetreo. Ya desde entonces yo podía andar a ciegas dentro de la casa y reconocer cada cosa por sus ruidos, el funcionamiento interno de la máquina del hogar. La junta del refrigerador despegándose, abierta la llave del gas, ese siseo. Mariana que prendía un fósforo, que luego salía al balcón del fondo y hurgaba en el viandero. Luego no hacía nada y luego esperaba a que calentara la sartén, seguramente con los ojos fijos en las virutas tostadas que por enésima vez nadaban dentro del aceite reciclado. Luego echaba algo a freír, tomaba un plato del escurridor, abría un pozuelo y luego, en el umbral entre el comedor y la sala, pozuelo en mano, Mariana se detuvo.

Me volvió a mirar, dijo mi nombre. Yo doblé el periódico que había tomado de mi portafolio de trabajo. Dije: Hago lo que puedo. Dijo Mariana: Piénsalo, hombre. Dije: No es algo que tenga que pensar. Dije:

Y ya no hablemos más, por favor. Dijo: No creo que sea justo de tu parte. Dije: Dame el pozuelo, lo llevo yo.

Mariana no contestó, tomé el pozuelo de su mano, busqué una bolsa y lo guardé. Di grandes zancadas en la calle y la febrícula fue desapareciendo. Nunca supe que había llegado a la escuela, hasta que el bullicio me sacó de la ensoñación. Un chiquillo pasó corriendo y tropezó conmigo, trastabillando, casi cayéndose. Tres pasos más adelante, su compañero de juego logró atraparlo. Ambos se reían y jadeaban. Las camisas por fuera, percutidas al igual que sus pantalones. Los llamé con mi voz grave. Pónganse las camisas por dentro, dije. Uno me pidió disculpas. El otro rezongó, pero terminó obedeciendo. Se zafó el cinto y se acomodó la camisa por dentro del pantalón, aunque la camisa era corta y seguro bien pronto se le iba a salir de nuevo.

Once años tenía mi hija. Atravesé el pasillo de entrada, crucé el patio central y llegué a su aula. Ella estaba en una de las últimas mesas, al fondo de la clase. Escribía en una libreta, con libros desparramados a su alrededor. La besé en la frente y se sorprendió al verme, como era lógico. Nunca le había llevado yo el almuerzo. Intenté arreglarle el cabello, pero me apartó la mano, como si le estorbara. Saqué el pozuelo y le hice un lugar entre los libros.

Ella revolcó el huevo en el arroz. Rompió la yema, vi la yema esparcida. Mi hija paleando con la cuchara toda esa mezcla, ágil y satisfecha. Picó en rebanadas el plátano. Observé con atención su pozuelo y me sorprendí. Yo sabía que su almuerzo no iba a ser otro, pero no esperaba verla comiendo arroz con huevo y plátano maduro, como si hubiese albergado la esperanza de que en el trayecto algún prestidigitador hubiera trocado los alimentos del pozuelo.

El plátano troceado, apenas mordisqueado para ahorrarlo. Mi hija estaba aprendiendo a dominar el arte de la escasez. Un grano le colgaba de la comisura, tragaba en silencio. Cargaba la cuchara y se la llevaba a la boca, feliz. Luego levantó la cabeza y vi su cara, que nunca se me iba a despintar y que iba a estar recordando en el asiento de un Nissan más de diez años después, a medio camino la cuchara entre la boca y el pozuelo, cargando todo lo que podía pero intentando dejar para después, queriendo matar el hambre pero también procurando estirar el almuerzo hasta donde fuese posible. Mi hija masticaba, y al ver que yo estaba mirando puso su mano en mi hombro y esperó tragar. Sólo entonces, con olor fuerte a huevo frito, emanó su vocecilla ligera: ¿Pasa algo, papá?

Seguí recordando luego, un extenuante repaso, casi día por día, hojeando el libro de mi vida, los trabajos por los que pasé, el crecimiento de mis hijos, el fortalecimiento de mis convicciones, las personas con las que tuve que pelearme, la evolución familiar, la resistencia colectiva, el día que entré al hotel, la traición de mi chofer, en fin, todo. Hasta llegar a esa mañana en la que el Nissan me dejaba nuevamente a medio camino. Decidí regresarme a casa y eso hice.

Crucé la calle y desde la senda contraria pedí un aventón. Paré en una tienda cerca del barrio, me di el lujo por un día de comprarme media docena de cervezas y seguí camino.

Cuando entré, Mariana estaba debajo de la mesa del comedor, embarrada de sangre. No pude descubrir de un primer vistazo dónde se había roto. Por un segundo la miré fijo, un pie le temblaba. Pasado un rato la levanté, la limpié como pude y la llevé a la cama. Fui hasta el teléfono, llamé al hotel. Dije: No voy. Informé la ubicación del Nissan. Abrí una cerveza y fui a tomármela al balcón. En la televisión un profesor de química impartía clases. Pensé en probetas, en densímetros, en tubos de ensayo. El profesor hablaba inglés. Estatura normal, raza caucásica, rojizos su pelo y su bigote. Llevaba espejuelos, un pantalón carmelita de poliéster y una camisa de rayas amarillas y verdes, pero en tonos muy claros.

Disertaba sobre la quiralidad, que no es más, dijo, que la propiedad de un objeto de superponerse con lo que los entendidos llaman su imagen especular. Es decir, su doble, su alma gemela. La izquierda, dijo el profesor refiriéndose a las manos, es igual a la derecha. Idénticas, pero opuestas. El profesor quería explicarle a sus alumnos qué compuestos orgánicos determinados podían funcionar como las manos. Los alumnos parecían entender la analogía, algunos anotaban en sus libretas. Sólo que, aunque parezcan iguales, dijo el profesor señalando una representación del compuesto en la pizarra, no siempre se comportan de la misma forma. Mencionó la talidomida, su isómero derecho, y lo recomendable que era para las mujeres embarazadas, porque evitaba las náuseas.

Apuré la primera cerveza, abrí la segunda y la bajé en un santiamén. No aguanto escuchar mucho sobre estas cosas. Si por error el isómero izquierdo de la talidomida, dijo, se le daba a una embarazada, su niño nacería con defectos físicos horribles. Y agregó: que fue lo que ocurrió exactamente en los años cincuenta. Niños que nacieron con los ojos en la frente y con el cerebro seco como una pasa.

Cargué un cubo de agua, flotando adentro un vaso de aluminio, y me puse a regar las plantas del balcón. Tenía todo el tiempo para mí. Después de la cuarta cerveza, los flashes chispeaban como una radiografía defectuosa y en esa intermitencia dejé de ver la imagen fija de mi apartamento, de los muebles y las paredes, para descubrir entonces lo que esa imagen escondía.

¿Qué hacía falta para algo así? No sólo alcohol, probablemente, sino también otras muchas atenuantes y agravantes, pero esas atenuantes y agravantes ya quedaban por cada cual, yo no me atrevía a recomendarlas. Era mi día libre y cultivaba mi jardín.

LA HIJA

En las llamadas, según mamá, le dicen que soy tortillera. Le dicen: Tu hija es tortillera. Le dicen: Tu marido es un chivato comunista. Le dicen: Tu hija es invertida, eso criaste. Le dicen: Tu hijo va a matar a tu marido. Le dicen: Éste es tu último año. La voz, según mamá, es chillona, impersonal, una voz que sabe. La voz a veces suelta carcajadas y enseguida agrega: Estoy en tu cabeza, maricon, adentro de tu cabeza.

Mamá dice que es Migdalia quien llama, pero no me parece que se lo crea mucho. Lo dice por decirlo, para buscar un culpable. La idea de no tener un culpable se vuelve insoportable. Yo sé con toda seguridad que no es Migdalia. Yo llego del trabajo, veo a Migdalia en la calle conversando con algún vecino, entro a la casa y mamá grita que la acaban de llamar. No puede ser Migdalia, entonces. Mamá insiste en que sí.

Entiendo su obsesión. Es injusta, pero la entiendo. Migdalia era su mejor amiga. Aunque, bueno, a ver, mi criterio muy mío es que no hay algo como mejores amigas, nadie es amiga de nadie, todo el mundo está solo. Migdalia y mamá también estaban solas, pero por un tiempo como que aparentaron no estarlo. Un tiempo largo, eso sí. Años fingiendo compañía, amor, comprensión.

Son vecinas, ambas maestras de secundaria, ambas daban clases en la misma escuela. Migdalia de Física y mamá de Lengua Española. Solían ir y regresar juntas del trabajo. Ambas con un bolso de mano, vestidas con una saya de color gris o negro y una blusa estampada. Compartían rumores, intrigas. Se contaban secretos y estupideces también. Me parece que siempre estaban dispuestas a escucharse. De eso se trata la amistad, dicen. De escuchar o de prestar atención al amigo, incluso cuando lo que dice el amigo no te importa, o sobre todo ahí.

Pero hace dos años llegaron los televisores y los teléfonos para cada comité de vecinos, un televisor y un teléfono para todo el edificio. Había que disputárselos por méritos y cualidades. Se decía que era la recompensa del bien y fue todo lo contrario: la semilla de la destrucción. Primero corrió un rumor y ya eso es fatal porque los comentarios de escalera lo echan a perder todo. Tú lo notas, tú ves lo que pasa día por día, la cuadra es como una papa mojada que se pudre sola en el viandero.

Migdalia dejó de visitar la casa o nos visitó sólo lo imprescindible. En ocasiones nos visitaba para guardar las formas, la misma razón por la

que algunas veces mamá también la seguía visitando. Nos pedía un poco de azúcar o algún pomo de agua fría o hielo y mamá le pedía algunas cebollas, algunas cabezas de ajo, quién sabe qué. Pero todo esto seguía pasando porque no sabían vivir de otra manera. A ver, la idea es que la amistad de ellas era para ese entonces como un carro que sigue avanzado unos metros pero que ya está apagado. ¿Cómo puede romperse una amistad entre dos personas que van a quedarse juntas en el mismo barrio para siempre y que van a tener que verse las caras y cruzarse en la acera hasta el fin de sus días? Creo que reaccionaron con miedo y no conversaron. Creo que no conversaron cuando había que conversar, pero no lo sé, en realidad no lo sé. Lo que sé es que el momento de arreglarse pasó y ellas estaban mirando a otra parte.

Entonces llegó el día y yo sentí que, si el televisor nos tocaba, igual ya era demasiado tarde, el daño estaba hecho. Yo tenía veinte años. Diego, quince. ¿Qué podía importar a esas alturas un televisor? Todos los vecinos nos reunimos en la calle a las ocho y media de la noche, después del noticiero. Nos fuimos amontonando alrededor del paso de escalera. Se colgó una bandera de un balcón. El delegado encargado de explicarnos cómo era la cuestión pidió que nos acercáramos. Él en el medio, con unos papeles en la mano. Éramos un edificio, hasta donde cabe, pacífico. ¿Por qué nos habían complacido?, me pregunté. Cada familia que no tenía ni televisor ni teléfono quería el televisor y el teléfono. Yo no, Diego no, pero mamá sí. Había tanto miedo que todos tenían las caras secas, como de yeso, y el delegado hablando. Ese alivio que un televisor y un teléfono eran, ese, no sé, privilegio, iba a acabar con la complicidad que tanta pobreza había logrado crear, el pegamento de la escasez.

El televisor y el teléfono corresponderían al núcleo familiar con más méritos acumulados en las distintas emulaciones quinquenales. Se mediría cuál era la familia menos introvertida, el núcleo que contaba con más miembros conversadores, quiénes eran los que más saludaban o más les gritaban a los vecinos de balcón a balcón. La razón podía ser cualquiera: que se estuviera botando el tanque del agua o que te hiciera falta un condimento para la comida o una pastilla de jabón de baño. Ése era un punto importante. ¿Qué familias no lo tenían todo? ¿Quiénes necesitaban más de los vecinos? Siempre había que asegurarse de que nos faltara algo porque eso garantizaba el altruismo.

También iban a analizar qué familia tuvo antepasados más pobres. ¿Qué apellido había sufrido más a lo largo de la historia? No bastaba sólo con los méritos que los vivos podían haber acumulado. Si alguien llegaba a demostrar que un bisabuelo suyo había muerto de hambre durante alguna reconcentración decimonónica, o algo por ahí, ese alguien sumaba papeletas para el premio gordo.

Habíamos oído los cuentos de otros lugares. Un vecino proponía a otro. Otro vecino proponía a otro. Luego la gente intentaba mantener las buenas maneras, pero la pelea entre los simpatizantes de uno u otro vecino subía en intensidad. Los elegidos intentaban quedarse al margen,

pero bueno, lo obvio, cada elegido sacaba la cuenta de sus amigos y enemigos. Luego alguien hacía un comentario subido de tono, luego otro lo ofendía, y empezaban los trapos sucios, como si durante toda la vida los vecinos se hubiesen estado midiendo para ajustarse las cuentas el día que llegara el televisor y el teléfono.

Se reportaron golvizas en algunas reuniones, jalones de pelo entre mujeres, agarrones entre hombres. Pero esas peleas en las que la sangre llegó al río fueron a la larga menos graves. En muchos casos los vecinos volvieron a reconciliarse y hubo quien puso su televisor a disposición del barrio. El teléfono sí tenía previamente diseñada esa función. Se le concedía a una familia en específico pero esa familia tenía que destinarle un horario público al aparato, preferiblemente en la tarde noche. Aunque en el edificio nuestro nadie quiso usarlo y hoy mismo nadie lo usa. ¿Por qué? Justo porque la sangre no llegó al río. Todo quedó adentro como un hematoma y eso se fue infestando y nos fue carcomiendo en silencio.

El delegado concluyó su intervención. Nos miramos y alguien hizo sonar su garganta por él y por los demás. Bien, una propuesta, dijo el delegado. Nada indicaba que el edificio tenía que ser distinto a los demás barrios, pues habíamos vivido lo mismo que el resto, pero lo fue. Nadie habló, nadie dijo nada, cinco minutos de silencio grupal. Gente que se ha pasado la vida hablando hasta por los codos entre ellos y que de repente se quedan como estacas. Una propuesta, repitió el delegado. Mariana y Armando, dijo Migdalia.

¿En cuántos barrios el rival en carrera propuso a su contrario? Migdalia lo hizo. Había una ley no escrita, que todos los candidatos con méritos reales cumplían, y era que ellos no proponían, sino que esperaban a que los demás propusieran. Siempre hay vecinos con más méritos que otros y todo el mundo sabe a quién le toca proponer y a quién esperar a que lo propongan. Migdalia no tenía que proponer, tenía que esperar a que la propusieran, pero propuso.

Mi padre le dijo a Diego que descolgara la bandera. Cada cual volvió a su apartamento. Migdalia y mamá no han vuelto a conversar en los últimos tres años. No han cruzado una palabra. A mamá no pareció importarle hasta que debutó con la enfermedad, aunque yo sé que Migdalia no es quien llama. De hecho, todos en casa lo sabemos. Creo que mamá sabe quién es y no lo quiere decir.

Me lo pregunto, aunque lo cierto es que me pregunto más cosas también. ¿De dónde salió la enfermedad de mamá, por ejemplo? Si me gusta mi trabajo. Si me gusta haberme echado la casa a los hombros. ¿O cómo eran mis padres cuando no eran mis padres? Pero, sobre todo, la gran pregunta, la pregunta del millón, la pregunta que me llevo haciendo toda la vida y que parece ridícula aunque seguro no lo es, es por qué ninguno de los dos come pollo, en ninguna de sus formas, y por qué nunca tocan el tema.

Nunca es nunca, ¿eh? No comen pollo, no hablan de eso. Jamás.

TRES

EL HIJO

Comíamos en el piso, por ejemplo. No teníamos mesa. Sé que es una cosa increíble, porque mesa todo el mundo tiene, pero ni mesa había en casa, tan pobres éramos. Para mí estaba bien. Yo tenía, ¿qué?, ¿cuatro?, ¿cinco años? Era una fiesta, nada me importaba. De hecho, creía lo único que se puede creer a esa edad, que el mundo venía prediseñado sin mesa en el comedor, que el mundo venía desprovisto de ciertas cosas, en los puros huesos, y que en todos los hogares del país se comía como comíamos nosotros, con un mantel tendido en el suelo, nuestro mantel tenía un tono verde limón y varias manchas de líquidos derramados, y con cuatro cojines como asientos.

Después hubo mesa, creo que la trajimos de la casa vieja de abuela, una mesa que con los años empezó a cojear pero que en su momento llegó en buenas condiciones. Lo que no sé es por qué si en casa de abuela había una mesa, estuvimos durante meses, y puede ser que hasta años, comiendo en el suelo, y debe haber sido por voluntad de Armando, su plan asceta, su plan frugal, su plan hombre nuevo.

Muchas otras cosas faltaron. Nunca tuve patines. Nunca tuve bicicleta. Nunca me celebraron un cumpleaños. Nunca tuve un Nintendo. No es grave, en general, pero lo era para mi barrio, donde al resto de los muchachos, igualmente hijos de padres que trabajaban en el turismo, pero cuyos padres sí robaban con debida prolijidad, nada les faltaba. Yo era la oveja negra de la cuadra. No obstante, puedo admitir que ni la bicicleta ni los patines ni los cumpleaños son cosas esenciales. Lo admito, lo reconozco. Pero el televisor. Nunca tuvimos televisor. ¿Cómo explicarlo? ¿Cómo explicar lo que significaba llegar de la escuela con ocho, nueve, diez años, y no tener nada que encender, cuando todas las casas tenían? ¿Cómo enfrentarse al hueco del multimueble en el que debería verse la programación infantil?

Ésa es la base de mi personalidad y definiendo al que soy, alguien que veía los dibujos animados en la sala de los vecinos, alguien que tenía que asomarse entre los balaustres de las ventanas ajenas, de pie en un paso de escalera o desde los portales. Y yo era el mejor de mi clase, mis padres lo sabían y lo sabían todos. Y no me premiaron, no se preocuparon por hacerlo. De acuerdo, yo no era consciente en el momento. Creía que mis padres me daban todo lo que podían darme, pero ahora comprendo que no, que pudieron hacer más, sobre todo Armando, aunque no sé por qué mi madre no se divorció, qué sentido tenía cargar con ese adefesio anticuado de marido y, de paso, sacrificar la infancia de sus dos hijos.

Estaba en primer grado y los profesores me sacaban del aula, me paraban frente a una clase dos o tres años mayor que yo, y me hacían repetir la tabla de multiplicar, o los postulados de la geometría euclidiana, una recta es la distancia más corta entre dos puntos, decía yo, o se puede trazar una circunferencia con centro en cualquier punto y de cualquier radio, o cualquier segmento puede prolongarse de manera continua en cualquier sentido, que es un postulado que al día de hoy me interesa sobremanera, o dos rectas paralelas nunca se cruzan, decía, aunque ahora sé que eso es falso, porque en algún momento y en algún punto del espacio todo se cruza, lo recto y lo curvo y la nada, y mis maestras me miraban con orgullo, los alumnos mayores no, por supuesto, más bien me odiaban, pero mis maestras sí que me celebraban y aplaudían, yo era su trofeo, el niño mimado, y tienen que habérselo dicho a mis padres. Naturalmente, mis padres nunca me ayudaron con una tarea, no tenían que hacerlo, yo lo resolvía todo, mi habilidad con los números era probada y notoria, y mis padres nada hicieron, lo sabían y nada hicieron, al parecer creyeron que merecían un hijo como yo, pero visto desde hoy queda demostrado que no me merecían en absoluto.

¿Qué les hubiera pedido? Un mínimo de reconocimiento. La única respuesta que obtuve de mi padre ateo fue la siguiente: no existen los reyes magos, son un engendro maligno, un invento que busca confundir, alienar a los niños y embrutecerlos. Tenía razón. Instruirme contra las farsas que la chusma suele tomar por ciertas estuvo bien. Pero quiero llamar la atención sobre dos cosas.

La primera es que la función de un padre, si va a despojarte de los reyes magos, es sustituirlos, no dejarte a los seis o siete años sumido en la orfandad, como me dejó Armando a mí. Apagó la luz y me quedé a solas en la habitación oscura de mi inteligencia, tragando en seco, como una recta disparada a través del espacio y que, por más que avanzara, nunca se cruzaba con nadie, aun cuando las leyes ocultas del universo indicaban que podía y debía suceder, la compañía y la soledad son hasta un punto.

No quiero decir nada con esto, pero yo era un niño que se iba hasta el espejo del baño, porque por suerte teníamos espejo en el baño, y que permanecía mirándose a sí mismo durante varios minutos, sorprendido, el niño que yo era, de que eso que se reflejaba fuese él, completamente extrañado de sí mismo, tratando de entender o digerir qué era lo que se reflejaba y cómo lo que se reflejaba era más suyo que otra cosa, o era todo lo que él era, todo el infinito de sus ensoñaciones, desvaríos y pensamientos tiernos, toda la suma vertiginosa de rotundas intrascendencias que ya desde niño el hombre es, resumido en esa silueta facial en la que, con razón, no podía reconocermé por completo.

Y lo segundo es que luego, ya a los diez o a los once, Armando sí que quiso suplir a los reyes magos con su ideología y fue peor. Porque alcanzó su objetivo. Debuté en esa máquina de moler carne que es pensar como tu padre, asumir las pasiones y las furias de tu padre. Y

todo sin televisor. El televisor no aparecía por ningún lugar. Empecé a leer ya con más disciplina, pero no por verdadero disfrute. Leía en las noches y leía los libros que Armando me daba, la compilación de anécdotas del Che Guevara donde se cuenta cómo el Che Guevara rechazó el regalo de una bicicleta para su hija, porque las bicicletas pertenecían al Estado, al pueblo en general, y nadie debía hacer un uso particular de ellas.

Le pregunté a Armando por qué si las bicicletas eran para todos, y no para gente en particular, se fabricaban bicicletas para que se montaran individuos, y por qué no se fabricaba una bicicleta gigante en la que pudiéramos montarnos y pedalear todos a la par, millones de pedales al mismo tiempo, girando en la misma dirección. Eso es lo que hacemos ya, dijo Armando, vamos en una bicicleta gigante, hijo, de eso se trata, estamos pedaleando la bicicleta de la justicia. Entonces recuerdo la voz de mi madre, que parecía no atender pero que efectivamente estaba atendiendo, tal como siempre hacen las madres, que están en todo, diciendo que estábamos pedaleando, cierto, pero con la cadena caída.

Ella mismo se rio de su chiste. Armando no, al contrario, no le cayó nada bien. Luego Armando, incansable, siguió inculcándome su energía positiva, su código moral, su inagotable optimismo, inyectándome todo el material radioactivo que, por supuesto, en cuanto entró en contacto con la realidad no hizo más que estallar como el líquido de una batería rota y transformarse en frustración. Tengo dieciocho y soy un viejo. Eso era lo que en realidad Armando me estaba inyectando. Y sí que llegas a padecer los conflictos y las creencias de tus padres. Es la fractura que te ha engendrado, hasta que te sacudes con furia.

La enfermedad de mi madre es a la larga un anzuelo que mi madre ha lanzado para que regrese a ellos. Lo supe desde el primer momento. En la primaria, yo la esperaba con desesperación a la hora de salida. Su figura esbelta y protectora doblaba la esquina, me rescataba y me llevaba a casa. Un recuerdo que intenta volver en las madrugadas de guardia y que yo aparto. El beso de mi madre en la puerta del colegio. Su abrazo de las cuatro de la tarde. Sus preguntas sobre las asignaturas, su delicada conversación, tibia y amorosa como un guante, sus regaños inofensivos. En secundaria, quise que me matricularan en su escuela, y ella también quiso, pero Armando no lo permitió.

Ahí comenzó mi éxodo por colegios e internados, yendo muy poco a casa, siendo apenas un niño o un adolescente. Luego el Ejército me reclutó. Llevaba varios meses en el sector militar, durmiendo en el albergue los días de pase, pero mi hermana me visitó y me dijo: Nuestra madre está enferma. Y yo dije que no, pero volví. Y me senté a la mesa. En un inicio se notaba la tensión. El ruido del televisor de fondo. Mi madre se mostró más condescendiente que nunca, a pesar de su aspecto demacrado y penoso. Armando intentaba iniciar conversaciones que no sabía cómo seguir. Fui igualmente expresivo, hasta donde pude. Mi hermana apenas conversaba, pero su cara mantenía en pie ese rictus

silencioso de concordia y placer que al menos alcanzaba para decirnos a todos lo feliz que estaba porque volviéramos a reunirnos.

En la sobremesa intenté relajar el ambiente, romper un poco el artificio, porque a fin de cuentas ésa es mi familia, y le conté a mi hermana la historia que un soldado me había contado en la unidad, y luego todo fue muy patético, muy ridículo, sobre todo extremadamente ridículo pero real, odiosamente real, y yo, sin poder creerme lo que había sucedido, me fui a dormir, y muy temprano me presenté en el sector militar, y a las ocho de la mañana asumí mi turno en la posta dos, donde me puse a divagar bajo una tupida mata de aguacates, y me vi nuevamente de muchacho, íbamos a la playa en el primer Lada que tuvo mi padre, antes del Nissan y antes de todo, una de las pocas veces que Armando aceptó llevarnos a la playa en su carro, si no la única vez.

Era domingo, la playa y los hoteles quedaban a unos veinte kilómetros del pueblo, no más, mi hermana y yo jugábamos en el asiento trasero, retozábamos y cantábamos canciones que, a pesar de la diferencia de edad, a los dos nos gustaban, quizás porque mi hermana siempre ha sido un poco menor de lo que es y yo un poco mayor de lo que soy, y al rato mi hermana se durmió, entonces yo me volteé y empecé a mirar la carretera, cómo se alejaba desde el asiento trasero del carro, y cómo yo miraba con la barbilla apoyada en mis manos y cómo el aire me batía los pelos.

De alguna manera, sigo encima de ese auto, pensé en la posta dos. De alguna manera, mis padres ya han parqueado, se han bajado, se han puesto las trusas, se han metido en la playa o se han dorado en la arena, y yo sigo en el auto, viajando con mi hermana, un auto de época, pero mi hermana va dormida, no porque tenga sueño, sino porque no quiere y quizás porque no puede ver lo que yo veo. He buscado afuera la bondad, pero sólo encuentro la disolución.

LA MADRE

Fue malo para todos, y fue terrible para los maestros, aunque a los maestros con experiencia que marcaban alguna pauta nos fue un poco mejor. Apenas un centímetro mejor, pero en los años duros un centímetro representaba una inmensidad. Quienes lo vivimos, lo sabemos. A Migdalia y a mí algunos padres nos regalaban lo que podían. Se acercaban como se acerca la gente que nada en la escasez y no va a aceptar un no como respuesta y nos decían: Mire, queremos dejarle esto, maestra, queremos agradecerle lo que hace por nuestro hijo. Los profesores desertaron en masa y se fueron al turismo. Apenas nosotras y unos pocos más nos quedamos. Los padres, que a pesar de todo seguían queriendo que sus hijos fuesen educados, supieron apreciar nuestra capacidad de resistencia.

A veces nos íbamos con medio litro de aceite, a veces con algún paquete de croqueta o un trozo de chorizo. A veces con un pozuelo de huevos, o con algunas libras de azúcar o de arroz. Incluso, si nos poníamos muy dichosas, con una o dos libras de tomate o pepino o con el milagro de algún aguacate maduro. No sé de dónde la gente sacaba comida. Nadie lo sabe, en realidad. Ahora, que lo pensamos, sólo recordamos un círculo de hambre, un estado de sitio en el que no había nada, un hueco en los platos, un hueco en las tiendas, un hueco en el congelador de los refrigeradores, un hueco en los surcos y las fábricas y un hueco, el hueco mayor de todos, en nuestro corazones y estómagos.

Pero está claro que ese hueco no pudo ser al final tan grande ni tan absoluto como lo recordamos, porque si nos guiamos por nuestra memoria, no deberíamos haber sobrevivido. El desenlace inevitable para la penuria que recordamos habría sido una pira maltrecha de cadáveres, carne descompuesta, zumbido de moscas. Pero no fue eso lo que sucedió. Estamos como estamos, sí; rengueando, sí; mutilados, sí; destrozados, sí; pero vivos. No importa lo que nuestra memoria indique, hubo comida. Energía insuflada desde algún sitio. Creo que desde adentro, desde la propia miseria.

Las células poseen vesículas que en situaciones límites degradan parte de los propios componentes celulares con el fin de mantener el equilibrio interior. Hay una especie de freno molecular que impide que la autofagia se le escape a las células de las manos y que todo ese proceso de autodestrucción regenerativa se descarrile y el balance entre la energía que la célula en ayuno consume y la energía que crea a partir de ese consumo se vaya a pique, con la aparición de enfermedades y, a su vez, la derrota del plan de emergencia celular, un fino engranaje optimizado a través de millones de años de evolución. Algo así ocurrió.

Nosotras, Migdalia y yo y varios más, arañábamos lo que podíamos. En ocasiones, de camino a casa, nos preguntábamos qué hacía que la gente siguiera obsequiando, cuando no tenían nada que obsequiar. Se puso de moda un temaailable. La protagonista era una gallina vieja que al principio nadie quería comerse pero que luego todos se disputaban. «Que le den candela», se llamaba la canción, y me temo que no dejábamos de bailarla porque, a pesar de todas las familias que criaron pollos en jaulas al calor de un foco incandescente, la canción se había convertido ya en el único lugar en el que podíamos no sólo encontrar una gallina, sino, incluso, comérmola. Primero despreciada, y luego codiciada por todos, la gallina terminaba convertida en sopa.

Cierta tarde, contra todo pronóstico, en medio de alucinaciones con gallinas imaginarias, una madre me entregó, envueltos en una bolsa de nailon, unos bistecs de pechuga de pollo. Su hijo era de los menos aventajados del aula, yo solía tratarlo con particular desdén, pero aun así, cuando su madre me entregó los bistecs, pareció sonreír. Creía que me odiaba, tal como los niños brutos odian a sus maestras, pero aquel alumno no me odiaba, al menos no en ese momento, sino que se mostraba contento. Gracias a él y a su gente en casa de su maestra esa noche iban a poder comer.

Eran las cuatro y veinte de la tarde, las puertas del colegio ya cerraban, y la madre del alumno puso la bolsa en mis manos con premura. Todo el tiempo se robaba, todo el tiempo se repartía lo robado, una rutina que se ha mantenido hasta hoy, aunque seguramente aquellos bistecs específicos, fileteados de un pollo que con mil trabajos y durante meses la madre del alumno estuvo engordando en el patio de la casa, habían sido separados expresamente para mí.

Estas hipótesis florecieron después. Aquella tarde, la madre del alumno no hizo más que entregarme la bolsa de nailon, yo no hice más que tomarla, agradecerle por convención, y lo único que despertó en mí cierto interés fue la humedad, el estado de descongelación en que ya se encontraban los bistecs. Ni siquiera esperé a Migdalia. Necesitaba cocinarlos antes de que alguna desgracia ocurriera. Vivíamos sumidos en apagones y no tenía dónde guardar el paquete.

María jugaba en la sala con algunos trastos, telas, plásticos, brazos y cabezas de muñecas desgredadas. Diego coloreaba un libro de dibujos, pero a lápiz, sin crayolas, de ahí que todos los animales y las plantas del libro fueran grises e idénticos, como en un invierno atroz. Mi suegra, aún viva, venía durante el día y los cuidaba.

Enseguida me cambié de ropa, me puse un par de chancletas y me amarré a cocinar. Había tizne en las paredes y la casa se caía a pedazos. Tenía que aprovechar la luz del sol. Adobé los bistecs con sal y limón, algo simple. Los limones apenas rezumaban. Escogí el arroz a vuelo de pájaro. Los bistecs tenían un color muy tierno, daba un poco de tristeza comérselos, usar algo tan bello una sola vez.

Les dije a mis hijos que habría bistec de pollo para la comida. Habían desayunado medio vaso de leche y un pan tostado con aceite y sal, almorzado un plato de harina dulce, pero no tenían hambre. Sus organismos aún en formación aprendían a administrarse. Ninguno de los dos reaccionó con interés. Bien pensado, no recordaba que hubieran comido bistec de pollo en edad consciente. Y si lo habían comido por accidente alguna vez, no tenían por qué recordarlo como una comida especial.

Cuando Armando llegó a la casa, se metió también en la cocina, incluso con su uniforme de trabajo. Ambos entendíamos el acontecimiento. Teníamos unas ensaladas para el fin de semana, pero él sugirió que quizás podíamos adelantarlas para la ocasión. Comer un día bien y no una semana mal. Por supuesto, le dije, por supuesto, amor, adelantemos la ensalada. ¿Qué hay?, dije. Un mazo de habichuela y un aguacate, dijo. De acuerdo, dije, hagámoslo. Preparamos la habichuela, troceamos el aguacate, lo rociamos con un poco de aceite, y cocinamos los bistecs, aderezados con rodajas de una cebolla que encontramos entre los desechos del viandero después de escarbar. Era nuestro día de suerte.

Tendimos el mantel, nos sentamos en nuestros cojines y servimos los platos. Más para los niños, como siempre hacíamos. Algunas familias, y no las reprocho, al contrario, creo que tenían razón, actuaban de manera distinta. Los padres, encargados de buscar la comida, se alimentaban más porque si no se fortalecían, y alguna enfermedad los tiraba en cama, ¿quién iba luego a alimentar a sus hijos? Yo fui partidaria de implantar ese método, pero Armando se negó. Los niños primeros, decía siempre.

Empezamos a comer. Había más color en los platos que de costumbre. Armando me miraba y yo lo miraba con los ojos abundantes y había una risa loca que se escuchaba y que provenía de nuestras cabezas. Combinábamos el verde amarillo intenso del aguacate, el dorado del bistec, el blanco del arroz, la habichuela verde oscura, la cebolla translúcida, todo ese festival de matices y sabores juntos en una sola cucharada. Once irrepetibles cucharadas duró mi plato. Y Armando terminó antes.

Cuando levantamos la cabeza, vimos a los niños jugar con la comida. Remoloneaban con la cuchara, manoseaban el arroz, aplastaban el aguacate. No era gracioso. Toda esa comida, por un día, justo al alcance, cocinada, servida, y la estaban dejando ir. Recogí los platos sucios, los amontoné en el fregadero. Bebí un vaso de agua, me fumé un cigarro, miré por la ventana. El barrio parecía pintado por el lápiz de mi hijo. Caminé a través del apartamento, les di tiempo. Luego dije: ¿Qué?, ¿no van a comer? Se quedaron en silencio. Respondan sin miedo, dije, ¿no van a comer? Estaban acostumbrados a que los obligáramos a comer. Yo quiero harina, dijo Diego. María asintió. También quería harina.

¿No les gusta el pollo?, dije. No dijeron nada. ¿Es eso?, dije, ¿no les gusta el pollo? Respondan, dije. No mucho, dijo María. De acuerdo, dije. Se les iluminó la cara con mi respuesta. No coman pollo, dije. No vamos a obligarlos si no quieren, ¿verdad, Armando? No vamos a obligarlos, dijo Armando. Si no quieren comer, que no coman, dijo. Eso, dije, no vamos a obligarlos. ¿Quieren la harina ahora?, pregunté. Más seguro de sí, Diego dijo que después. No hay problema, hijo, le dije, hay harina. Me la pides cuando deseas, dije.

Seguían sentados en los cojines, con los pies cruzados. En realidad no querían nada, quizás sólo un vaso de leche antes de dormir, pero no había más leche ese día. No soportaban la harina, pero el pollo lo soportaban mucho menos. Habían dicho que querían harina porque les pareció la vía más corta para zafar. Bueno, dije, lleven sus platos para la cocina.

Recogí el mantel. Los niños volvieron a lo suyo. María retomó los trastos viejos y Diego su libro de colorear. Yo agarré un plato, Armando otro. No recuerdo que hablásemos. Nos fuimos al balcón del fondo. En silencio. Afuera empezaba a anochecer. El sabor del bistec de pechuga de pollo. No nos pareció que estuviéramos haciendo nada malo.

EL PADRE

Es éste el sueño. Una silueta oscura se acerca en la noche, más oscura que la noche la silueta. El hombre tiene un sobretodo y la cara nunca se le puede ver ni aunque se vire de frente. El hombre se acerca al corazón de la escena, mete la mano en su bolsillo negro, matices de la oscuridad, saca una llave negra, la introduce en la puerta negra del auto, ocupa el asiento del chofer y se ajusta la banda negra del cinturón. Agarra el timón y calienta unos segundos el motor, que debe ronronear, y digo debe porque nada se escucha. Luego el auto arranca. No puedo divisar los rasgos del chofer, miro por todos los espejos y nada. El chofer es una incógnita, su imagen está vedada para mí. Negro sobre negro y velocidad.

Comienza el viaje por una carretera lisa y dura, el viaje interminable por la avenida solitaria del sueño, primero a sesenta, luego a ochenta, en los límites permitidos aún, pero luego a cien y a ciento veinte, y a ciento cuarenta y a ciento ochenta también, y en algún punto del trayecto yo me convierto ya en el chofer, que soy y no soy yo, porque es como si siguiéramos siendo dos cosas, pero ambas al volante, superpuestos el chofer y yo.

Me aumentan los latidos del corazón, el salto en la boca del estómago. Pasamos árboles y potreros y tendidos eléctricos, hasta que la carretera se cierra y se convierte en un punto mínimo. Los anchos se comprimen, se anuda el horizonte y las lascas de paisaje silban a mi lado. Una de las ventanillas cruje, el auto es como un cuchillo que destaja. A pesar de la velocidad, empiezo a divisar rostros conocidos al borde de la carretera, caras familiares. ¿Cuál es la carretera por la que estoy viajando? ¿Qué dos lugares une? ¿Sobre qué suelo está trazada? En burro viajan algunos, otros van a pie. Veo a Marx y a Engels bajo una caseta de tránsito, veo a Rosa Luxemburgo con un marpacífico en el pelo sacando la mano y pidiendo un aventón. Lenin avanza con una carretilla repleta de cemento endurecido, como si fuese a construir algo que ya no le da tiempo y por eso el cemento se le ha secado entre las manos. Veo al Che Guevara, con paso taciturno, la barba rala, llevando su bicicleta ponchada.

Intento adelantarlos a todos, pero la velocidad del auto y del sueño no me lo permite. Tampoco me lo permite el chofer. Hay un forcejeo, quiero adelantar a los míos, pero el auto sigue de largo, y desde el retrovisor los miro mirarme, estoicos todos, impertérritos, diciendo con la mirada: Sálvanos, compañero. Llévanos contigo, camarada. Ya ahí la pesadilla se vuelve un desasosiego.

No quiero, pero llego solo al porvenir. El auto se detiene, me bajo, el auto toma una curva y desaparece. La silueta negra del chofer no me lo ha dicho. Sin embargo, yo entiendo que él tiene ahora cosas más importantes que hacer. En el porvenir no hay nada. Es el momento más agradable de la pesadilla. No es malo que no haya nada. Lo aprendo ahí, a última hora, y me quedo a ver qué pasa. Y éste es el cuento que me hace el porvenir, un señor locuaz y respetable.

Un turista europeo ha llegado a mi hotel, es su primer día. Sentado en el lobby, fuma un cigarrillo y sigue las volutas de humo con la vista. En la cabeza, un bombín negro. Un pulóver también de color negro, con un signo blanco de interrogación a la altura del pecho y encima un traje, pantalón y chaqueta, de rayas carmelitas y grises. Muy elegante el turista. En la cara, dibujada a lápiz, una leve sonrisa a punto de quebrarse. El turista lee un periódico que se trajo de Europa, con un especial de nuestro país, donde no sin estereotipos, claro está, se explican nuestras costumbres. Hay a doble página la historia de una prostituta. El turista repara en la foto. Le parece hermosa, algo maltratada por la suerte, pero agraciada sin duda.

Es un día impreciso, de un año impreciso, de una década imprecisa. El turista sale del hotel, sube por la primera avenida y se detiene tres calles más abajo, a la altura de un cine sin tanda programada, en una esquina populosa. Entre muchas personas, puesta como por la mano de Dios, se le acerca una figura delgada, extremadamente sensual. Pelo castaño, esbelta, ojos serenos, pómulos secos. Considerables caderas, considerables nalgas.

La mujer le pide un cigarro. El turista se lo da. La mujer le pregunta de qué se ríe y el turista dice que de nada, que ése es su rostro. Ella dice algo así como qué rostro más extraño. El turista se toca los labios, ensaya una mueca parecida al asombro pero que inmediatamente logra convertir en un gesto de placer. Eres tú la mujer del periódico, dice el turista. La mujer, que ya ha empezado a fumar, no sabe de qué el turista habla y lo mira sorprendida. Algo apenado, el turista saca el periódico de su bolsillo, ratifica lo dicho, la mujer toma el periódico y lo lee, se reconoce, y confirma que sí, que ésa es ella. Luego la mujer vuelve a leer la nota, no por curiosidad, porque se sabe su vida de memoria, sino por el deleite de verse reconocida, un poco ajena a sí misma. El turista la invita a un trago, salen caminando y terminan en una cafetería irreconocible y apartada. Ocupan dos sillas plásticas y una mesa pequeña.

La mujer abunda en su historia, el turista la escucha con sumo interés. La mujer dice que hace meses, una noche, viajaba en tren. Volvía de la ciudad al campo, que era su lugar de origen y donde aún vivía su hijo a cargo de los vecinos. Llevaba meses sin verlo, muchos meses, y le tenía regalos. Ropas, juguetes, dice la mujer, y algo de dinero, ya sabes. La mujer habla con frases cortas, pero no sin confianza. Toma aire, hace silencio y respira con fuerza. Tal parece que no tiene ganas de proseguir. El turista le presta atención. Ya la mujer ha consumido una

cerveza. El turista le pregunta si quiere más, la mujer dice sí. Otra ronda, pide el turista. Mira a su alrededor y se percata de que no sabe dónde está. La mujer continúa con su historia. Un hombre se le acercó en el tren, con acento extranjero, pero ella nunca sospechó que el hombre fuese periodista ni que pretendiera ventilar su vida en ningún lugar. De todas maneras, estamos en el porvenir, y a la mujer le importa poco que alguien haya revelado cuestiones íntimas suyas en el periódico de un país que ni siquiera es su país.

Al turista lo embarga la certeza de que la mujer es muy hermosa, y también la certeza de que no se lo va a decir. Lo asalta un presagio: va a ser incapaz de tocarla. Si la toca, va a sentir como si la estropeara o corrompiera, aunque desde hace rato el turista no cree en esas cosas, ni se anda por la vida con medias tintas ni remilgos. Resulta, por otra parte, ridículo pensar que una prostituta conserve todavía algo de pureza, algo digno de salvarse, algo que los otros ya no hayan pisoteado y vejado y consumido sin sombra alguna de remordimiento o siquiera de pasajera amargura.

El hombre del tren, le dice la mujer al turista, se sentó en uno de esos vagones oscuros de los trenes y yo pensé que me iba a proponer un trato. Pero no. Sólo tomó unas fotos y le hizo varias preguntas. A veces a la sombra y a veces a la luz. Casi siempre a la sombra, pero en ocasiones, cuando transitaban por algún pueblucho o algún batey extraviado, las luces develaban su cara, una cara de alguien que se conforma con escuchar. Yo también me hice preguntas, dice la mujer, pero para mis adentros. ¿Qué hace este extranjero en un tren de provincia? Y más. ¿Qué hace en un tren de provincia de madrugada? Y más. ¿Qué hace en un tren de provincia, de madrugada, y hablando conmigo, en vez de acostarnos y punto? La mujer luego sigue contando cómo le reveló al periodista del tren las peripecias, los obstáculos y las causas que la llevaron a tomar tales derroteros. La prostituta es universitaria. Estudió Ingeniería Química, pero los años duros irrumpieron, llevándose su vida por delante.

El turista intenta relajar el ambiente, a pesar de que la mujer nunca usa un tono trascendental o afectado. A mis amigos se lo he comentado, dice el turista. En este país las prostitutas son universitarias, bellas y van limpias. La mujer no sonrío, no hace nada. Lo mira como mismo lo habría mirado si se hubiese mantenido con la boca cerrada. El ambiente se tensa y una, dos, tres, muchísimas nubes pasan por el cielo del porvenir. ¿Cómo se resuelve tu problema?, le pregunta el turista a la mujer, a lo que la mujer responde, tras tomarse un aire, pero sin demorar demasiado la respuesta, que con cien dólares, que cien dólares, corazón, resuelven todos los problemas. Me gustaría regalártelos, dice el turista. No puedes regalármelos, dice la mujer, yo soy una profesional.

Durante varios minutos forcejean, hasta que de mutuo acuerdo deciden irse a la discoteca del hotel del turista, que es mi hotel. Conversan en voz baja y gesticulan. El turista prefiere caminar, la mujer opta por un

taxi. Al final parece que se abrazan o se reconcilian y se marchan a pie. Atraviesan algunas calles, bordean varios edificios en ruinas, lejos ya de la zona turística, varios solares, casas cerradas, decadentes palacetes con rejas cubiertas por el óxido y portones con aldabas de hierro. Un perro ladra, pero ambos siguen de largo, y finalmente la distancia y la oscuridad se van tragando el ladrido.

Llegan a la discoteca, en la parte baja del hotel. Evitan la pista de baile y ocupan una mesa para dos personas bien cerca de la barra. El turista ha insistido durante todo este tiempo en que la mujer tome el dinero y la mujer se ha negado, lo que hace que el ambiente se vuelva a enrarecer y que a estas alturas ninguno de los dos tenga demasiadas ganas de acostarse con el otro, aunque el turista sabe desde el principio que con esta mujer no se puede acostar.

Anda, dice, toma el dinero. Silencio. Te lo regalo, anda, tómallo. Silencio. Entonces una camarera se acerca, que resulta ser mi hija María, más bella aún que la prostituta, y pregunta qué van a tomar. Piden un trago margarita y un gin tonic. El ruido, la música ensordecedora, mi hija que se acerca con los tragos. Evidentemente algo va a suceder. Mi hija coloca los tragos sobre la mesa. El turista saca su billete de cien dólares, se lo enseña a la prostituta, hace que lo mire bien, y se lo entrega a mi hija de propina.

La música empieza a tomar forma. Una canción que, mal escuchada, no dice nada de lo que se quiere oír y que, bien escuchada, no dice nada tampoco. Una canción que dice muy poco y que apenas sirve para bailar. Pero la mujer y el turista no bailan. Mantienen la prudencia de no proferir palabra ni sonido alguno. De repente mi hija regresa, intermitente entre los flashazos de la discoteca, y dice que ella no puede aceptar eso, que es mucho dinero y no debe tomarlo. Mi hija ve enseguida cómo le cambia el rostro al turista, ojos que se preocupan, el ceño fruncido. La mujer, en cambio, percibe todo lo contrario: una sonrisa leve, dibujada a lápiz, pero que a todas luces resulta imposible que se quiebre o se desdibuje o desaparezca.

Inmediatamente, ya de regreso, el auto negro y la silueta negra del chofer pasan a recogerme. Yo entonces subo al auto y hago el camino de vuelta, directo a la mañana y al mundo real. Veo al Che Guevara con su bicicleta desinflada, veo a Lenin con su carretilla de cemento, veo a Rosa Luxemburgo con su marpacífico en el pelo, veo a Marx y a Engels bajo una caseta de tránsito. ¡Qué dolor! Todos los maestros, que van cuando ya yo vengo. Ésa es la pesadilla, ése es el porvenir.

LA HIJA

Una onda expansiva parece haberle comido parte del lado derecho del cuerpo, como si un extraterrestre lo hubiera mordido, vete a ver tú.

A los doce, René vive todavía en Oriente, en un pueblo raro que se hace llamar Lugar Desolado o Sitio de los Muertos, un lugar extrañísimo. En Occidente nunca hemos oído hablar de ese lugar. Dice René que es un pueblo con muchas riquezas, que podría ser próspero si sus habitantes obtuvieran parte de las ganancias, un porcentaje. Pero es un pueblo del Oriente. Allí son y tienen que ser más pobres que en ningún lugar, es prácticamente una ley. Y el Lugar Desolado o Sitio de los Muertos no va a ser la excepción, menos con ese nombre.

René crece entre vecinos. Su madre tiene que abandonar la casa desde bien temprano, los años duros le tuercen el pescuezo y el hijo se le va a morir de hambre o le va a crecer malformado. La madre viene a Occidente a ganarse la vida. René no sabe por qué su madre lo abandona hasta que un día lo sabe, todo en algún momento se llega a saber.

Los vecinos no miran con buenos ojos a la madre, no aprueban que se prostituya. Esos rumores llegan a oídos de René, pero así, con insinuaciones, como una jerga o como un mensaje que él tiene que decodificar y que al final, claro, decodifica. Y aunque por otra parte lo ayuden, en verdad eso es lo que quieren los vecinos, que René decodifique y que la bomba estalle. Es como la gasolina de los pueblos pequeños.

René se encierra en su cuarto, mete la cabeza en la almohada, pero no llora. Cuando le pregunté, el día que se decidió a contar, me dijo que a los doce años él no tenía en cuenta la importancia de una madre, que lo que lo asustaba era que él no estaba pensando nada malo de la suya, como que le había fallado o algo, pero la gente le pedía de algún modo que pensara eso. Después de un tiempo, no sé cuánto, René decide no darle más vueltas al asunto y apoyar a su madre a toda costa, y eso es lo que hace que bien rápido se convierta en un hombre. A los trece años, René es más fuerte que nunca, y a los catorce es más fuerte que a los trece, y a los quince es más fuerte que a los catorce, y así.

Deja la escuela, se pone a robar, desarrolla un sexto sentido para los detalles. Tiene un ojo de lince que no ve mucho, pero que fija lo que ve. Hace llaves maestras, llaves de cobre que abren todas las puertas del pueblo y nadie lo descubre. En el Lugar Desolado o Sitio de los Muertos se encuentra la mayor concentración industrial del país, el cuarenta por

ciento de las reservas mundiales de níquel, el veintiséis por ciento de las reservas mundiales de cobalto, me dijo. Las fábricas quedan a unos kilómetros del pueblo y el ruido de la industria nunca se oye. Las calles del Lugar Desolado o Sitio de los Muertos son calles vacías. La tierra roja, producto de la alta concentración mineral de los suelos, lo embarra todo. Las fachadas, las aceras, las caras de la gente. Le dije que no lograba hacerme una idea y me dijo algo que me gustó, que era como si un sol hecho polvo en el punto máximo de calor hubiera caído sobre el lugar.

A los dieciséis, más fuerte que a los quince, René ha robado mucho y empieza a preguntarse si quiere seguir haciendo eso. Como que le entra un cargo de conciencia. La gente ya tiene que lidiar con varios demonios. Las condiciones de salud de los trabajadores y los pobladores del Lugar Desolado o Sitio de los Muertos son espantosas. Pagan las consecuencias ambientales de la explotación minera. No hay cifras que lo recojan, me dijo, pero así como creció el rumor sobre su madre prostituta, crece también una sospecha peor. Altos índices de cáncer, problemas respiratorios, aguas contaminadas, posibles radiaciones químicas. Nace un niño enfermo que la gente del Lugar Desolado o Sitio de los Muertos bautiza como el Niño de Dos Colores, pues padece un nevo que le ocasiona una pigmentación gigante, como un tumor en la piel que todavía no es maligno, pero que puede llegar a serlo. Es suficiente para René. A los diecisiete años abandona sus fechorías y se va a trabajar para las fábricas.

La fábrica primera es una planta de explotación mixta entre el gobierno y una empresa extranjera. Posee tecnología de lixiviación ácida a presión, considerada de punta en la explotación de níquel. La planta es una de las más eficientes del mundo. Hay montañas de basura, caminos naranjas como envenenados. Hay camiones que cargan tierra repleta de minerales, cincuenta toneladas en cada viaje. Todo esto el ojo de lince de René lo ve, me dijo.

Pero lo envían para la fábrica dos, que es una mole de hierro medio destruida, con rutas internas de ómnibus, una planta eléctrica propia y maquinarias engrasadas muy ruidosas. Por el lugar corren ríos de lixiviados, desecho mineral así como tornasol. René me enseñó algunas fotos, daban repulsión. Todo el amoniaco, los químicos que hay ahí, casi que no lo dejan respirar. La nariz se le quema con cada inhalación y le parece que va a terminar desmayándose. El resto de los trabajadores respira con normalidad, es la costumbre.

Después de unas semanas de entrenamiento René se convierte en muestrero, alguien que inspecciona los hornos donde se procesa el níquel. Empieza a vivir en pasillos estrechos y muy oscuros, llenos de polvo negro, un polvo que arde, y con la temperatura ambiente al límite. Se pasa el día con un sabor metálico en la lengua y en los labios. El ruido insoportable de las máquinas, me dijo, termina convertido en silencio. Los hornos se transforman en un refugio. No extraña el robo, no extraña a los vecinos, no extraña a su madre.

A los dieciocho, René viste un overol ajustado al cuerpo, guantes sintéticos, un casco plástico amarillo, una máscara aislante, y del cinto le cuelgan mangueras y frascos de muestra. Él no lo dijo pero yo me lo imaginé como un animal de esos que viven en el fondo del océano, bichos ciegos que nadie ha descubierto todavía. Hasta que una tarde tropieza o se duerme, no sabe bien. Se va contra un horno y el horno le quema parte del lado derecho del cuerpo, lo fríe. Pierde la conciencia, claro. Una mujer mayor, muestrera también, choca con el cuerpo varios minutos después. Grita, dicen. Pero ¿quién la escucha? Nadie la va a oír. La mujer arrastra el cuerpo de René a través del pasillo estrecho, sube unas escaleras de hierro y llega a la primera planta. Ahí, con un poco más de luz, se da cuenta de que el horno prácticamente ha desfigurado a René y que el trauma seguro lo matará.

El trauma no lo mata. René pasa seis meses en un hospital y sale vivo, aunque, a ver, una parte de su piel no es más que una arruga gigante. Le han tenido que cortar un pedazo del lóbulo derecho por infección. Tiene el brazo derecho quemado, el hombro y la mejilla. Y más, zonas que la ropa no deja ver. El marco del ojo se ha reducido, pero su vista de lince permanece intacta, que es lo que a René le importa, me dijo.

Su madre le dice que ya está bien y lo manda a buscar. René viene para Occidente y llega al pueblo. Su madre vive aquí y ya no se prostituye, ya tiene una casa y un trabajo y un negocio clandestino. René debuta como ayudante de un herrero, luego vende yerba para caballos, luego lo contratan en la playa como recogedor de basura. René comienza su trabajo antes de que rompa el día. No puede estar expuesto al sol demasiado tiempo. Un día la piel le empieza a crecer en algunas partes desfiguradas y, cuando ha crecido mucho, René cae en la cuenta de que la piel no tiene ya cuerpo que cubrir, que tiene más piel que otra cosa, más de la que necesita, y que se le ha acumulado entre los dedos. En la mano derecha René parece llevar un guante. No le gusta, y entonces se opera. Le cortan toda esa piel y la echan a la basura.

Regresa al trabajo. La relación con su madre va bien. Ella lo cuida, dispuesta a recuperar el tiempo perdido. Su madre mueve ciertos contactos y René no se entromete ni quiere entrometerse. Su ojo de lince, me dijo, sabe adónde no debe mirar. Comienza en el hotel, es el chofer nuevo, y ahí lo conozco un día que se acerca mientras voy camino a la parada del ómnibus. Me pregunta si soy del pueblo. Le digo que sí y me pregunta, sentado en el carro, si quiero que me lleve. Lo dudo, pero él insiste y acepto. No tienes ninguna oportunidad, pienso. Pero René no está buscando ninguna oportunidad, está buscando compañía y conversación. Dice que me ha observado en el hotel, a la hora del almuerzo en el comedor obrero. Dice que cree que tenemos cosas en común. ¿Sí?, digo. ¿Qué cosas?, digo. No sabe decirme y como que le da pena. Fija las manos en el timón y la vista en la carretera. Toda esa piel chorreada, pienso.

No pasa nada, digo, seguro que algo tenemos en común. René sonrío. No hablamos mucho más. Me deja en mi casa y le agradezco. Subo las

escaleras hasta el apartamento y voy creyendo que no tenemos nada en común, pero esa noche su imagen repulsiva, de tipo feo, de cosa rota, se queda dando vueltas en mi cabeza. Al día siguiente llego al hotel, lo busco y lo saludo. Quedamos en almorzar juntos. Se empieza a volver una costumbre. Comenzamos a querernos, es el momento de pasar a la acción. Necesito una mano derecha en el trabajo. Le explico a René cómo funciona. Lleva cerca de tres meses y nadie le ha explicado. Pero él sabe que algo se cocina. Su ojo de lince es muy fuerte. Puede leer la matrícula de un carro a una cuadra de distancia.

No traficamos carne de res, no traficamos drogas, no traficamos tabacos. Todo lo que robamos lo robamos para vivir con un mínimo de comodidad, pero no para enriquecernos, porque acá todo el que se ha enriquecido termina en desgracia. Sí, me dijo René, entiendo, éste es un país tan pequeño que llegará el momento en que ni su propio dueño va a caber en él. Bueno, como quieras verlo, le dije, es lo que es. Robamos jamones, quesos, botellas de vino, ron y whisky, latas de atún y sardina, pomos de encurtidos.

Como el hotel es del tipo todo incluido, se anota en papeles una determinada cantidad de comida que los turistas van a consumir. Cifra siempre exagerada. El sobrante se reparte entre los trabajadores y los custodios de la entrada. La gente de mantenimiento y los choferes son los únicos autorizados a pasar por los distintos puntos del hotel. La mercancía va de un lugar a otro en sus bolsos, cajas de herramientas y maleteros. A veces, a última hora, corren la voz cero y hay que desmontar el negocio. Viene una inspección y no podemos arriesgarnos. Esto es un poco gracioso, porque la contabilidad ha cerrado, la mercancía ya ha sido anotada en los papeles y no puede sobrar. Hay entonces que desaparecerla. Lasqueamos los jamones y los quesos y con esparadrapo nos los pegamos a la barriga, a la espalda, a las pantorrillas, y así lo sacamos.

A pesar de todo, el negocio camina. Hay comida para la casa y también para vender un poco. Puedo comprarle a mamá la lavadora automática y me entran ganas de arreglar el apartamento. René empieza también a robar de la gasolina asignada para el transporte del hotel. Él la roba y yo busco a quién venderla. De algún modo, me parece que vamos a despegar de una vez, hasta que asignan de director a mi padre. En la primera semana, ya despide a cinco y también quiere despedirme a mí. No porque me descubra en nada, sino porque soy su hija y todo ese tema del nepotismo le pone los pelos de punta. Lo intenta y no puede.

Mi padre decide que, entre todos los choferes del hotel, René va a ser el suyo. No me gusta la idea, a René también le preocupa. Igual no podemos protestar, sólo medimos cada paso. Visito su casa en las noches y converso con su madre. Miro la relación entre ambos. Mamá debuta con la enfermedad y eso me tira por el suelo. No tengo ganas de hacer nada, pero hay que seguir robando. René me apoya y yo me acostumbro a su malformación física. Empiezo a ver desfiguradas a

todas las personas que no tienen quemada una parte del lado derecho del cuerpo.

René me deja un tanto por ciento mayor de las ganancias de la venta de gasolina. Mamá le toma estima y mi padre igual, pero por razones contrarias. René es generoso conmigo y con mamá y con mi padre es respetuoso y disciplinado. Con su madre es como intenso. Sé que ella no ha sido una buena madre como lo fue la mía. No importa, ahí van juntos y felices. Pienso en eso un día que los veo abrazarse, un día que hacen chistes y que también se pelean. Se molestan uno con el otro y después se arreglan y nadie se traumatiza por eso. No hay caídas ni dramas.

Parece una tontería, pero en el momento no lo siento así. Me doy cuenta de que ya no tengo una madre sana con la que pueda hacer esas cosas. No importan todos los años en que mi madre fue una madre ejemplar, todo se ha esfumado. Hasta una exprostituta es ahora más madre que ella. Corto las visitas a casa de René. Con el negocio sí seguimos, pero René empieza a descuidarse y a robar más de lo que debe. Lo veo venir y no digo nada. Mi padre descubre que faltan cuarenta litros de gasolina asignados para su Nissan. Averigua dónde René los esconde y lo bota al momento.

René quiere explicarse y mi padre no lo deja. Luego viene a hablar conmigo para que intervenga. No puedo meterme por ahora, le digo. René cree que lo he delatado. Eso nadie se lo traga, su expulsión me afecta mucho económicamente. Lo sé, dice René. Pero me has delatado, dice también. ¿Cómo lo sabes?, digo. Lo sé, dice, y es ahí cuando se marcha, con su ojo de lince y con su piel chorreando.

No lo he vuelto a ver desde entonces. Igual eso no me asombra, nada me asombra. Lo único que me asombra, ve a ver tú, es que, si no lo piensas, no. Pero si lo piensas, si por un segundo lo piensas, siempre hay una parte mínima de tu cuerpo que o bien te va a picar o bien te va a doler.

CUATRO

EL HIJO

Me quedan diez días para la baja, voy a salir de esta mierda y por fin me voy a la universidad, lejos del pantano que es el pueblo, pienso. Los soldados me han estado felicitando, todos quieren estar ahora en mi lugar, pero no estudiaron, no hicieron nada, no puedes ir por la vida de ese modo y esperar que la vida te premie. Tienen más o menos mi edad y creen, porque así les han dicho, que aún les queda alguna oportunidad, pero no les queda nada, por supuesto. El margen con que el hombre cuenta para hundirse o salvarse es muy poco, y transcurre preferiblemente a una edad, a los catorce, a los quince, en que el hombre es inconsciente de ello, de todo lo que está en juego, lo que explica por qué la humanidad no es más que un multitudinario desfile de frustrados, bastardos conducidos al cepo, habitando un día y después otro porque sí, observando con incredulidad cómo les va pasando lo mismo, pienso, que al resto de la especie, el crecimiento y desarrollo corporal, los pequeños dolores, los traumas graves, la pérdida gradual de las facultades físicas, las canas y las arrugas, las cojeras, las sorderas, la descomposición final y el asco.

A los dieciocho, a los diecinueve, a los veinte, ya el hombre va a ser irremediabilmente lo que es, ya su carril se ha trazado y nada puede hacer el hombre para cambiarlo. Sería más saludable que todos optimizaran su existencia a partir del puesto que les tocó y no que perdieran más tiempo intentando convertirse en algo que no se van a poder convertir. No digo que sea justo, pero es lo que hay. El absurdo de la vida no es que la vida se acabe. Que se acabe es, de hecho, menos desatinado que el sinsentido de que empiece. El absurdo de la vida es su mala distribución, pienso, ese evidente desequilibrio interno de los sucesos, la mala repartición de los acontecimientos importantes. Antes de los veinte, hay una vorágine trascendental cocinándose continuamente, es un caldo que no deja de reverberar, y no podemos digerir todo lo que la vida nos sirve. Hay siempre signos nuevos que interpretar, señales y fintas transcurriendo, terceras y cuartas dimensiones. A los veinte, justo a los veinte, todo está.

Luego van a venir una cantidad de años estériles, pienso, los treinta, los cuarenta, los cincuenta, los sesenta. Se supone que luego el hombre se vuelve más juicioso. No lo sé, porque no he llegado ahí, pero lo que me pregunto es para qué le sirve el juicio al hombre si no puede hacer nada con él, salvo mirar lo que no hizo en el momento en que no tenía juicio y martirizarse con lo que hubiera podido hacer de haberlo tenido. Al final todo es un derroche, si no de tiempo, sí de acontecimientos, que antes de los veinte son más de los que uno puede vivir, pienso. Me han pasado mil cosas en las que nunca estuve, honestamente.

Ahora estoy sentado en el borde de la litera, acabo de masturbarme en el baño con la fantasía de un blúmer mojado, esa mancha húmeda de orine, sexo sin secar que gotea. Me abrocho las botas, preparándome para el turno de las ocho de la noche, un turno que es un trámite, uno de mis últimos turnos en este antro, cuando se acerca otro soldado, uno flacucho, recién llegado, del que todavía no conozco el nombre, y que siempre está haciendo preguntas estúpidas, posiblemente para epatar, pero a mí no me gusta que me pregunten nada ni que me rindan pleitesía ni tampoco me place adoctrinar a nadie ni ganarme pupilos, tal como hacen y han hecho tantísimos soldados fuertes o viejos con soldados débiles o nuevos. Aun así el flacucho me pregunta, oye, Diego, ¿es cierto lo que Solano dice?, y yo le pregunto qué dice Solano, y él me dice lo que Solano ha dicho, que yo acostumbro a llamar a mi madre por teléfono y a ofenderla con la voz cambiada. No pierdo la calma, naturalmente, sigo abrochándome las botas, metiendo el cordón por un ojal y luego por el otro, en zigzag como un reptil, y sin levantar la vista del suelo le pregunto al flacucho cuándo Solano dijo eso, y el flacucho me dice que ahora, y yo le pregunto si Solano está en la posta dos y el flacucho me dice que sí, y luego me pregunta si por fin es verdad o no y yo le digo no, no es verdad, quiero decirle su nombre pero no me lo sé, claro que no es verdad, digo, y el flacucho me pregunta si la enfermedad de mi madre es muy grave. En la unidad todos saben que mi madre está enferma, y le digo que no lo sé, termino de pasar el cordón por los ojales, me aprieto los botas, me pongo de pie, me acomodo el pantalón, le vuelvo a preguntar al flacucho si está seguro de que Solano ha dicho eso y el flacucho dice sí, Diego, seguro, dice que llamas de madrugada y a veces de día y que finges la voz.

El flacucho no calcula la magnitud de lo que está diciendo porque no ha estado aquí. Cuando su estatus de recién llegado era el mío, Solano no se presentó hasta una hora más tarde al relevo de mi guardia. Solano ahora tiene veinte, y entró primero que yo a la unidad, pero se va después. A la vuelta lo esperé en el albergue. Yo sabía cuál era el procedimiento. Iba a probar fuerza, a intentar convencerme de que se trataba de un ritual de iniciación y, si yo cedía, iban a seguir aplicándomela siempre, él y todos los viejos. Mis horas de guardia se iban a multiplicar. No lo dejé hablar. Agarré mi zambrán y le incrusté la hebilla en la espalda. Lo dejé sin aire. Su cuerpo crujió y soltó un bufido seco, como un animal castrado. Se dobló sobre sí, pero no le di tregua. Le pegué con la bota en la cara y le partí la nariz. Luego volví a pegarle con el zambrán, ahora en la espalda. Dos verdugones instantáneos, la piel levantada. Pensé en toda la hora que ese imbécil me tuvo clavado en la posta, sólo porque le pareció gracioso, y la rabia volvió a dominarme. Igual ya no seguí, no hacía falta.

Estuve varias semanas esperando una revancha que nunca llegó. Me di cuenta de que Solano era un cobarde y que mi paliza fulminante no tenía demasiado mérito, pero no me interesaba el mérito, sino que fuera funcional, y lo había sido, nadie se atrevía a meterse conmigo, los relevos llegaban puntuales y Solano había optado por huirme. Tuve la oportunidad de abusar, de pisotearlo y destruirlo, pero el abuso no se

me da, y ahí lo dejé, consumiéndose en su miedo. Ese gesto benévolo fortaleció aún más el respeto que a golpe de zambrán me había ganado, sólo que el tiempo y la rutina todo lo destruyen o lo desacralizan, uno también se va relajando, y al cabo de unas semanas yo era otro más, sujeto a las mismas bromas que el resto. No me molestaba, no quería gobernar nada, lo único que quería era que no me gobernaran a mí.

Poco a poco, como ocurren estas cosas, Solano volvió a acercarse, primero participando en conversaciones grupales, luego haciéndome alguna pregunta puntual, y luego volviendo a hablarme con normalidad, quedando finalmente todo restablecido. En ocasiones, algunos le recordaban mi paliza, pero yo mismo combatía el comentario y lo neutralizaba. La relación no debió descarrilarse nuevamente, sólo estaba intentando sobrevivir en paz dentro de aquel foso militar, esperando después de todo que la guerra de verdad nunca llegara, porque yo no creía en la guerra, como no creo ahora, pero de tanto que la mencionaban, tanto que la anunciaban, había terminado dudando. Volví de casa, lo recuerdo, y después del desastre con Armando no tenía una gota de humor en el cuerpo, cumplí mi jornada de guardia, las doce horas, y el día de descanso siguiente fue de los peores, porque nos enviaron en una camioneta a cierta calera en las afueras del pueblo, camino a la playa, para que sacáramos cal de un pozo vivo, llenáramos un par de tanques de polietileno de cincuenta y cinco galones y al regreso comenzáramos a pintar las paredes del sector.

Después de dos horas en la calera, me acosté bocarriba sobre unos cartones, bajo la sombra de la camioneta. No pude dormir, porque el resto de los soldados se fue acercando y el murmullo no me permitía aislarme tanto como me hubiera gustado, sino que me mantenía, digamos, a ras de conciencia, no muy hondo, sino a un pie de profundidad. Sentí entonces aquel chorro helado que me paró el corazón, una sustancia fría y gelatinosa y quemante, y al momento supe que era cal, qué otra cosa podía ser, me puse de pie, los soldados reían, todos estaban en plan broma, pero yo no estaba en plan broma, yo estaba en mi plan, bastante más rabioso y serio, y ahora la cal me corría por el pecho y me empapaba la camisa, y ahí estaba Solano, que no parecía haber actuado con mala intención, y lo pensé en el momento, que no era un tipo conflictivo, pero que de nuevo chocaba con mis intereses y que había que escalearlo. Mi rostro debió traducir algo, porque el ambiente rápidamente se tensó, las risas fueron sustituidas por silencio, y alguien me dijo que dejara eso ahí, Diego, pero caminé hasta él, con el zambrán en la mano, y se quedó tieso como una estaca, igual en su mirada había algo desafiante, un brillo sutil que ningún otro soldado supo vislumbrar, pero yo sí, y no tenía ganas de pelear, francamente, y sabía que si lanzaba un golpe iba a tener que pelear, Solano parecía dispuesto a ripostarme. ¿Y si te meto en el pozo?, le dije, señalando para el boquete de cal a unos metros de distancia. ¿Y si te meto? No dijo nada. Yo veía el brillo, pero él no dijo nada, y eso al cabo me convenía, que no dijera nada, que los soldados creyeran que yo lo podía meter en el pozo, que era capaz y que estaba dispuesto y que, si quería, lo más seguro es que fuera eso lo que sucediese, pero yo no tenía claro si podía llegar a tanto y no quise arriesgarme, vi algo en

Solano que no me agradó del todo, y no lo amenacé más. No lo voy hacer, le dije. Lo agarré por el cuello y le di un cabezazo leve, suave, un gesto agresivo y cordial a un tiempo.

No volvimos a hablar desde entonces, no hemos cruzado palabra, y ahora el flacucho viene a decirme lo que Solano ha dicho. Me abrocho el zambrán, salgo por la puerta del albergue, voy hasta la posta dos, lo veo sentado en uno de los taburetes del patio, hablando con otros soldados, ésta es la hora en que nadie duerme. Me acerco, lo encaro, le pregunto qué ha dicho, y Solano, que ha aprendido la lección, no dice nada, me da un piñazo terrible en la nariz y un corrientazo me recorre la cara, le voy arriba y nos enroscamos, no puedo ver nada, rodamos por la yerba, forcejeamos y nos torcemos, yo con mi zambrán y mis botas y mi uniforme, y él con su zambrán y sus botas y su uniforme, no nos hacemos mucho daño y lo sabemos, dejamos de lanzar golpes gratuitos, estamos demasiado juntos y abrazados como para que esos golpes puedan completar el recorrido idóneo y ocasionarle algún daño al contrario, somos una mescolanza de bufidos y malas palabras, yo le digo puta y él me dice maricón, yo intento morderlo y él intenta hacer algo con su codo en mi espalda, no sé qué, a veces yo estoy arriba y a veces está él, nadie se mete, el oficial de guardia no aparece, un hombre no hace lo que tú, me dice Solano, eres una maricona enferma, me dice, eres un culo roto, me dice, te he oído, me dice, te he oído, so maricona, yo dejo de hablar, ambos nos estamos apagando muy aceleradamente, siento la fatiga en los músculos y sé que Solano también la debe sentir. Entonces la pelea toma conciencia de sí misma, entiende que no puede seguir apelando a recursos que convienen más a otro tipo de enfrentamientos, con espacio entre los rivales, y no a esta amalgama a la que tantos meses esperando la guerra como soldados nos ha condenado, por lo que empezamos a combatir calle a calle y a disputarnos cada pedazo de nuestros cuerpos, se vuelve una guerra chiquita donde los dedos y la boca y los movimientos cortos empiezan a cobrar un rol fundamental, yo busco sus ojos y él los míos, pero él encuentra mi boca y me hala por la comisura, logro morderle el índice, pero no lo trabo con suficiente fuerza, se me escapa su mano. No obstante, él aúlla. Luego llega a mis ojos, trata de hundírmelos y siento que lo va a lograr, estoy muerto de cansancio y él me sigue diciendo so maricona y lo que me está diciendo ya no me molesta ni me enfurece, sino que me hunde más, empiezo a sentir miedo real, y eso me pone blando, Solano me tiene, voy aflojándome, desamarrándoseme el nudo, pero prefiero que me golpee antes que me saque un ojo, cualquier cosa puede ser, y es finalmente el oficial de guardia quien, por dios, cómo se ha demorado, nos desaparta y me salva.

Esto es lo que pienso ya de pie, mientras me sangra la nariz. Te quedan diez días, Diego, y te vas. No importa nada. Lograste engañarlos y llegar al final ileso. Diez días y te vas. Pero no me quedan diez días. El oficial de guardia va a reportar el incidente y el teniente coronel jefe de la unidad me va a retrasar la baja otras tres semanas, en las que yo prácticamente floto. Soy de helio durante esa prórroga, soy un gas noble y los soldados demoran el relevo, hago hasta cinco horas de guardia en cada turno, pero no protesto ni digo una palabra. La bronca

fue tan absurda y relampagueante que no alcanzo a comprenderla. Sé que soy víctima de un complot. El flacucho me mira con lástima y con asco, como se mira a los cínicos o a las potencias que capitulan.

LA MADRE

Estábamos en la ducha, Armando me restregaba la espalda. No puedo bañarme sola. La esponja raspaba mi piel, este pellejo. Armando ya llevaba cuatro horas en casa, pero aún no había pronunciado una palabra.

Me fue contando con la misma paciencia con que probablemente sucedieron los hechos. Entró a su oficina y los hizo pasar. Se fueron sentando de a poco, aún cordiales. Eran tres, cuatro, tal vez cinco. Nunca se sabe cuántos hombrecillos fragorosos pueden ser. Armando le pidió a la secretaria que trajera café. La esponja seguía recorriendo mi espalda como un rodillo. Tomaron sus tazas y bebieron a sorbos, con metódica paciencia. Luego uno preguntó por mí, cómo sigue tu esposa, le dijeron. Armando contestó que no perdíamos la fe y que seguíamos luchando por una mejoría. Es la única manera, dijo otro. Poner de nuestra parte. Hay personas que se matan ellas mismas; la depresión, el pesimismo, dijeron. La ciencia lo ha demostrado, dijo otro, hay que tener mente positiva con las enfermedades, optimismo siempre.

Alguien se percató de que no resultaba un tema muy agradable y giró la conversación. Armando aún no entendía muy bien a qué se debía todo. La esponja limpiaba mis axilas, el cuello, debajo de los senos caídos, ahora con más suavidad. Conversaron, sin que viniera demasiado a cuento, sobre los tres modelos de clasificación para categorizar los establecimientos hoteleros. El sistema de presencia-ausencia, que exige ciertos elementos mínimos con que deben contar los hoteles para cada categoría específica. El hotel de Armando clasificaba como cuatro estrellas y una serie de servicios no incluidos hacía imposible que, por más que se trabajara, subiera al escalón máximo.

Le preguntaron si estaba conforme con un hotel cuatro estrellas o si le gustaría dirigir uno de cinco. Armando dijo que era un soldado y que no se trataba de lo que él quería, sino de lo que habían dispuesto para él, dónde podía ser más útil. Si el próximo hotel era cinco estrellas, estaba bien. Si era tres, pues igual. Los hombrecillos fragorosos cruzaron miradas pícaras. Uno cambió la posición de los pies, se acomodó en el asiento y carraspeó. Parecía al frente de la comitiva. El jabón resbaló del quicio de la ventana y, huidizo, fue a parar bajo el lavamanos.

Muy bueno el café, dijeron. Armando agradeció como si él fuera la pantrista o como si la calidad del café definiera, más que ningún otro parámetro, su eficiencia y méritos como director. Terminé de bañarme, Armando cerró la ducha y me tendió la toalla ¿Te secas tú o prefieres

que te seque?, preguntó. Permití que me secara. Salimos del baño y me vestí, aún media húmeda. Un blúmer y un ropón ligero.

Le preguntaron por qué se había negado a enviar a dos trabajadores a la concentración militar y sustituirlos por los dos aspirantes que el funcionario del Partido humildemente le había sugerido. No veía ninguna razón de peso para ello, dijo. Yo estaba sentada en la cama y Armando se apoyaba en el marco de la puerta de nuestra habitación, francamente turbado, como si de repente una carretilla de años le hubiera caído encima y toda la vejez reservada para él se hubiera precipitado por un boquete. Los hombrecillos fragorosos acercaron las sillas y lo rodearon. Uno de ellos se puso de pie, el presunto jefe, y comenzó a pasearse por la oficina.

Nosotros creemos, Armando, que usted ha estado en contubernio con esos dos trabajadores para robar. Su silueta se diluía en el fondo amarillo de la luz del comedor. Nunca he robado yo, dijo, ¿a quién se le ocurre? Vamos a tener que sustituirlo, dijo el hombrecillo fragoroso. ¿Qué razones te dieron?, dije. No queremos dilatarlo, Armando, dijo el hombrecillo fragoroso, será mejor que acepte nuestra decisión, lo reubicaremos en algún puesto más acorde con sus capacidades. Vamos a la sala, le dije. El calor me estaba matando, la humedad del baño había comenzado a mezclarse con vapor de aire. Me siguió obediente, no era capaz de levantar la cabeza.

No creo que sea justo, dijo Armando, zafándose el botón más alto de la camisa. No nos haga perder el tiempo, le dijeron, hemos venido a conversar con usted para asegurarnos de que va a aceptar sin reclamos nuestra medida. Usted ha estado en contubernio con varios trabajadores de este hotel, se ha enriquecido ilícitamente y ha despedido a todo aquel que no le ha convenido. ¿Por qué a su hija la mantiene en el mismo lugar?, le dijeron. Tu hija está en el hotel antes que tú, dije. Eso no importa, le dijeron, todos los trabajadores a los que usted ha despedido estaban aquí antes de que usted llegara. Su hija ha hecho una fortuna en este hotel y usted no le ha tocado un pelo. Mi hija ha sido educada por mí, es incapaz de tomar lo que no es suyo, dijo. Armando le contó a los hombrecillos fragorosos la anécdota del Che Guevara en la fábrica de bicicletas y dijo que por esos principios se regía su familia.

Quizás sí tengamos que creerle, Armando, le dijeron. Quizás es cierto que usted no sabe nada ni tiene nada que ver con lo que pasa en este hotel. Es sorprendente que usted incluso sepa menos de su hija que lo que sabemos nosotros. Armando tragó en seco. Le tendí la mano y lo sostuve. ¿Qué es lo que tengo que saber?, dijo. Usted, prosiguió el líder de los hombrecillos fragorosos, ha despedido a su chofer e inmediatamente después, sin explicación alguna, su Nissan ha comenzado a quedarse sin gasolina. ¿Dónde ha metido usted el combustible, Armando? ¿Usted despidió a su chofer porque su chofer estaba robando, tal como usted dice, o para poder robar usted con mayor impunidad? Hemos sabido incluso que su chofer tiene cierta minusvalía física, y usted no ha tenido en cuenta eso. No es minusválido,

dije. Bueno, algo es, dijo el hombrecillo fragoroso, tiene algún tipo de problema.

Quise preguntarle a Armando si iban a despedir también a María, pero no hizo falta. A su hija no la vamos a despedir, dijo el hombrecillo fragoroso, la sanción es para usted. Respiré tranquila. Me daba pena con mi marido, me dolía profundamente, pero una cosa no quita la otra. Si despedían a María, la casa se venía abajo. Me pasé la mano por la cabeza y un mechón de pelo se quedó enredado entre los dedos. Armando se hundía en su sillón. Se había quitado los zapatos y sus medias carmelitas le imprimían un aire de orfandad y miseria. Aún no se había percatado, pero era un hombre que ya empezaba a girar en sentido contrario, como una sogá que comienza a torcerse. Los hombrecillos fragorosos le dijeron que lo despedían porque robaba, pero los hombrecillos fragorosos no tenían problema alguno con los que robaban.

En verdad, lo despedían porque no aceptaba que los demás robaran, pero como no podían decirle eso, le dijeron que lo despedían por robo, una variante que, aun cuando Armando jamás hubiera puesto un dedo sobre alguna propiedad ajena, sus oídos estaban más dispuestos a escuchar. Incluso, pasado un tiempo, su cabeza podía llegar a convencerlo de que en algún momento él había robado de manera involuntaria, sin percatarse, con lo cual el castigo recobraba su justeza.

En una semana entregas el puesto, le dijo el líder de los hombrecillos fragorosos. La comitiva se puso de pie y cordialmente, de uno en uno, le estrecharon la mano y se despidieron. Las tazas de café vacías sobre la mesa de la oficina. Tú enferma, dijo Armando, y ahora yo a la espera de un nuevo trabajo. ¿Qué va a pasar? No le aclaré nada, lógicamente. Vamos a salir adelante, dije, siempre salimos, hemos estado en peores. Asintió con gesto pausado.

En ese instante quise entregarle algo más, después de tantos años sin entregarle nada. Un poco de verdad al menos, no toda. Se quedó sentado en el sillón y yo encendí el televisor. Faltaba algo por nombrar. Por primera vez en la vida intentaba incursionar en el terreno de Armando para consolarlo desde allí. Pero no es como que exista una palabra y una la ignore. No es eso. No es que yo tuviese la frase en la punta de la lengua y la frase se negara a salir. Ni siquiera se trataba de una de esas palabras que desconocemos pero que aun así la intuición nos alcanza para saber que existen y que la palabra está ahí, en algún escaparate, esperando a que la gente vaya y se la ponga y diga lo que le hace falta decir y luego la vuelva a dejar en su lugar para que venga otro y la siga utilizando. No necesitaba para mi marido una palabra que alumbrase un significado específico, sino una palabra que fuera, en sí misma, su significado.

Besé a Armando en los labios, fríos y secos como un hollejo, y me fui a la cama, mi retiro espiritual. Yo sabía que cada vez estaba sabiendo menos y que esa brecha de ignorancia e incapacidad iba a seguir

aumentando. Pero cada vez que sabía menos, cada vez que algo nuevo se negaba a ser nombrado por mí, sabía también que nada mejor que no saber. Que no nombrar, que no decir, que no aclarar, que no poder. Dormí tranquila esa noche, abrigada por la enfermedad.

EL PADRE

Me preparo un trago. Veo que hay impotencia en la mirada de Mariana. Lo curioso es que estas expresiones hay que leerlas con una especie de código, tal vez el código del matrimonio. Nadie que no fuera yo podría leerlas. Para un novato, la mirada de Mariana se resumiría en ese gesto que algunas miradas tienen cuando intentan justamente no decir nada, ocultar lo que expresan o hacerle saber al otro que la mirada sabe que lo que ella está expresando, por verdadero que sea, no tiene el mínimo valor, y que expresarlo o no le da lo mismo. A Mariana no le entristece que yo beba. Así me conoció y sabe que es una costumbre, pero que puedo controlarlo. A veces me acompañó, en la juventud nuestra. Ahora la invito y no quiere.

Se mira la blusa, las manchas que se ha ganado trasegando en la cocina, sus condecoraciones. Todo, pienso, va a estar bien, es lo más normal del mundo. La rueda dialéctica de la existencia sube y baja, es la estacionalidad. Los flujos turísticos no llegan siempre al destino receptor con los mismos volúmenes. Como quiera que el arribo de visitantes no es uniforme, sino que se concentra más en unos meses que en otros, decimos que hay estacionalidad. Las temporadas altas tienen picos y las temporadas bajas tienen depresiones, pero por muy agudas que sean la fortuna o la desgracia, siempre se sale de ellas.

No puedes tomar mucho, me dice Mariana. Sólo un poco más, le digo. Estoy en el sofá de mimbre, con los pies encaramados. Abro los ojos, suspiro, estrujo los labios y, sin decidirme a tragarlo, voy moviendo un buche largo por mi boca. Mariana me pasa la mano por el pelo. Su mano no rueda bien, está duro mi pelo y sus dedos son rugosos. Le aprieto las caderas y sigo jugando con el buche. Un poco de ron mezclado con saliva sale de mi boca y rueda por la barbilla. El trazo líquido se coagula en una gota y cae en el pantalón. Mariana me ha dicho que María no ha robado nada y sospecho que es cierto, porque, si hubiera robado, ¿cómo iban a perdonarla? Han estado tratando de meterme presión. Yo pensaba que un hombre se medía mejor por su peso en la sociedad, pero un hombre es su familia. Su mujer y sus hijos.

Me sirvo otro trago. Pocos abismos como el que hay entre beber solo y beber acompañado. Cuando Diego llegue, voy a pasarle el brazo por el hombro, voy a abrazarlo y a disculparme con él. Ya va para diecinueve y es hora de que empecemos a beber juntos. Debería estar aquí, pero hemos sabido que un par de soldados se enfermaron y que él se ofreció para cubrir la guarnición unas tres semanas más. No cualquiera hace eso. Es el resultado directo de los principios que le enseñamos en casa. Sacrificarse, dar el paso.

Tenemos cifradas muchas esperanzas en ese muchacho. Esperamos que llegue un poco más lejos que nosotros. Porque es así. No se carga el apellido en vano, se carga para recordar de dónde vienes, quién te ha puesto ahí, o sobre qué montaña de huesos estás parado. Mi abuelo fue un inmigrante gallego que llegó al país a comienzos de siglo. Se asentó en el Occidente, pero más al centro, en la pura llanura. Cortó mangle, horneó carbón, sembró arroz y llegó a comprarse su pedazo de tierra. Luego vendió la propiedad y se mudó acá, al pueblo, donde hizo carrera como negociante de caballos.

El olor acre que olfateó la nariz del abuelo es algo que todavía permanece. Éste es un pueblo abonado con el polvillo seco de la mierda agridulce de caballo y con el mar a unos kilómetros, aunque estemos de espaldas a él. La calle última del pueblo, que da a la estación de trenes, la calle en la que logró asentarse el abuelo, en la que mi padre fue armándose a sí mismo, y luego me fui armando yo, es una calle ancha, pero vacía, con mucha luz sobre el asfalto, con luz que corre por las zanjas y luz en los baches, como si la luz viniera en un vaso y ese vaso se hubiera derramado. Nadie va ahí. Después de esa calle, está el mar, la costa abierta, el arrecife. La playa y los hoteles le robaron la atención.

Pero mi padre sí que recorrió esos lugares, y de ahí salió, gracias al abuelo, y se hizo maestro normalista, y luego impartió clases en varios colegios, y la brocha de la experiencia lo fue barnizando y luego, cuando llegó la hora, enseñó en las montañas, y luego volvió a nuestra casa de madera, no se fue a otro lugar, y todos esos movimientos, en una época en la que yo aún no existía y en la que tampoco había ninguna garantía de que fuera a existir, ya me fueron marcando, ya me fueron definiendo, perfilando. El hombre nace viejo, con un peso en la espalda. Si el hombre no va a estar nunca en la tierra, entonces nunca estuvo, pero si el hombre va a estar, pues está desde antes de nacer.

De esa estirpe provengo, y creí que conmigo ya bastaba, que el apellido coronaba en mí, que en el límite del tiempo había nacido. Todos los signos de la historia así lo indicaban. Marchábamos hacia el porvenir luminoso, la carretera del porvenir perfectamente asfaltada, sólo había que cruzarla de una punta a la otra. Pero el apellido no terminó en mí, y mi hija y mi hijo llegaron y ellos también cargaron con lo que yo había transitado y con lo que hasta el momento había sido de mí. Y es seguro que ellos piensan ahora que el apellido acaba en ellos, y no voy a ser yo quien les diga que el apellido no acaba en ellos, yo voy a dejar que se lo crean, pero lo cierto es que no acaba en ellos el apellido ni jugando.

No sigas, insiste Mariana. No sigas, Armando, está bien por hoy. El alcohol es una cosa que hace que, si lo bebes solo, te sientas acompañado. Y que, si lo bebes en compañía, te sientas un poco solo. El alcohol me dice que la guerra ya no va a venir, que no va a venir, que no la espere. El porvenir pasó, la guerra no vino, y uno sin saberlo. Pero uno no debiera saberlo todo. De todas maneras, Mariana cree que no sé nada, pero algo sé. Y mejor: elijo lo que quiero saber. Los hombrecillos fragorosos me han ajustado cuentas, pero eso no deja de ser un hecho

aislado, nada que marque la diferencia. Quieren que lo lleve a otra dimensión, pero en lo que me pasa a mí no puedo ver nada más que lo que me pasa a mí, y punto. Los hombrecillos fragorosos ajustándome cuentas. ¿Qué se puede extraer de un conjunto de sujetos reunidos en una oficina, despidiendo a otro sujeto? Las grandes catedrales filosóficas y justicieras deben seguir en su lugar, y nada que suceda en las oficinas les concierne.

Ahora que tengo tiempo libre he pensado volver a la última calle del pueblo, rondar lo que fue mi casa. Llevo meses entre el hotel y este apartamento, que yo digo que es mi casa porque me la dieron, como ese televisor es mi televisor y ese teléfono es mi teléfono, porque también me los dieron, pero la casa que fue de uno nadie te la puede quitar. Lo decían mis padres. Tu casa es ésta, hijo, aquí siempre vas a tener tu casa. Sólo que armé una familia, y una familia siempre trae la destrucción de la otra. Uno es un puente entre la gente de la que uno viene y la gente a la que uno va.

Dame esa botella, dice Mariana. Deja de chillar, Armando, deja de chillar. Está loca mi mujer, no estoy chillando. Estoy fino y sobrio. Se va a morir antes de lo previsto. Nunca esperé eso. No te mueras, le digo. Mariana, no. Aunque vamos a quedar en nuestros hijos. Si el hombre no va a estar nunca en la tierra, entonces nunca estuvo, pero si alguna vez el hombre estuvo, entonces ya siempre está.

LA HIJA

La casa de la abuela era de madera y quedaba en el último rincón del pueblo, muy cerca del mar. Por las hendiduras, entre los tablones de la pared, el sol entraba a cuchilladas y la sala y las habitaciones como que se cuarteaban en dos y en tres. Me acuerdo que unos gorriones grises anidaban en las vigas del techo. En la cocina había dos ventanas altas y pequeñas con balaustres. Había una mesa en un rincón y dos sillas de cuero roto. Había un mueble donde se colocaban los platos y los vasos después de fregar. Los vasos siempre bocabajo. Y había a toda hora una señora.

Mis padres trabajaban la mayor parte del tiempo. La señora también, pero en casa. Raspaba el tizne negro que el fogón de keroseno pegaba al fondo de los calderos. Colaba café aunque no hubiese nadie, ya vendrían. A veces picaba naranjas agrias, y en mi cabeza de niña medio loca yo creía que lo que la señora picaba era el mismo sol que luego entraba en rebanadas por los huecos de la casa y que dejaba en el aire esas rayas de luz llenas de polvo. Yo las quería tocar y no podía.

Alguien me dijo después que esa señora era mi abuela. En el patio, ella lavaba camisas de lino, sayas de poliéster, y luego las ponía a secar en una tendedora sujeta por dos horcones. Por encima de las ropas, en dirección al sur, sobresalían los techos municipales, el campanario de la iglesia y una columna de humo cada vez más oscura.

Había una mata de naranjas agrias y un cerezo viejo. Algo muy raro ese cerezo en medio del calor, ¿no? Por eso daba unos frutos verdes muy pequeños, casi siempre ácidos, que yo masticaba con mucho apuro hasta que mi boca de niña angustiada se contraía y no daba más. Aquel árbol seco bajo un sol tan fuerte era un espectáculo bastante triste, la verdad, y yo creo que no me gustó para nada ver cosas como ésas desde muy chiquita y que por eso decidí no coger más lucha con lo que no tiene remedio.

Después mi hermano nació, y yo no sabía aún ni que podían sumarse más miembros a la familia, ni que la familia tuvo miembros anteriores como el marido de la abuela, un tal maestro normalista. Un hermano pequeño secuestra a los padres y hace que una se refugie mucho más en los abuelos. Los padres de mi madre también habían muerto. Entonces la abuela me llevaba cada día a la escuela y luego me esperaba en la puerta a la hora de salida. Pero un día cualquiera nos mudamos al apartamento. Fue como una máquina que mis padres echaron a andar sin decirle nada a nadie. La abuela continuó recogíendome en la escuela y cuidando a Diego durante el día hasta que mamá llegaba del trabajo.

Murió a mis diez, a los cinco de Diego. Lo supe antes de que mis padres lo dijeran. A los diez ya una ve todo y a todo una reacciona para luego callar. Callar y guardar pan para mayo. Estamos protegidos por la edad, es la capa invisible. Te ven y aun así creen que no estás. Que no estás mirando cuando miras, ni oyendo cuando oyes, ni entendiendo cuando entiendes.

Así no sólo vi la muerte de la abuela venir, sino que vi cómo mamá buscaba la comida cuando mi padre no buscaba nada, y cómo mamá abría los brazos y mi padre decía: No puedo, no puedo. Vi la mano de los años duros apretarnos el cuello y cómo nadie vio que yo veía y cómo nadie vio tampoco que mi hermano empezó a ver, salvo yo. Y se lo dije: Estás viendo ya, ¿verdad? Tendría siete, tal vez ocho. Mi hermano es de los que empezó a ver muy temprano. Y me dijo: Sí, estoy viendo. Desde nuestro metro y algo de estatura veíamos todo lo que pasaba allá arriba, en el mundo de los adultos.

También teníamos la capacidad de vernos el uno al otro. No éramos ya completamente invisibles. Mi hermano era un ojo vigilante sobre mí. Mamá apagaba la luz a la hora del sueño y en la oscuridad del cuarto nuestros cuerpos empezaban poco a poco a definirse. Yo veía a mi hermano aparecer desde el hueco de la noche, sus ojos abiertos como dos tizones que se resisten a ser tragados. Era cinco años menor que yo, pero ya empezaba a respetarlo.

Y ahí estoy una tarde en la taza del baño. Los senos creciendo, dos botones puntiagudos, y mi hermano, no sé cómo, conmigo, mirándome fijo y sonriendo. Tengo el blúmer enrollado a la altura de los tobillos. Suelto un chorro amarillo, un hilo dorado que cae sobre el agua estancada, y siento que el chorro se me empieza a cortar. Quiero seguir orinando y no puedo. Mi hermano dice: ¿Por qué orinas así, María? Tengo ganas de decirle que se vaya, pero no digo eso. Tengo un dedo invisible, digo, un dedo que se quita y se pone y me tapa el orine. ¿Y estás jugando con el dedo?, pregunta mi hermano. Sí, bueno, estoy jugando con el dedo, digo. No sé tampoco por qué le hablo de esa manera. ¿Por qué imito el lenguaje de nuestros padres?, si sé que mi hermano ve y sé que no debe hablársenos así.

Sigue mirando, con su corta estatura de miedo. ¿Es un dedo mágico?, pregunta finalmente, no lo veo. Sí, es mágico. Ah, bien, dice. Me subo el blúmer sin secarme. Luego seguimos creciendo, cada cual sumando años por su cuenta, pero ya mi hermano es mayor que yo. Siempre hay un día en que tu hermano menor puede pasarte por el lado como una flecha. Se va de casa, estudia el bachiller, comienza el servicio militar, renuncia a la familia. Entonces lo visito y le digo: Oye, mira, mamá está enferma, ha debutado con una epilepsia. Él decide volver un día de pase y lo recibimos con alegría. Yo no hablo demasiado, pero igual como que sé fingir y me dejo llevar por ese sentimiento general. No nos habíamos tratado así en años, bastante bien todos.

Comemos y luego fingimos discutir porque nadie quiere fregar. Mamá dice: Yo estoy enferma. Mi hermano dice: Yo vuelvo mañana a la unidad. Mi padre dice: Yo tengo que trabajar mucho. ¿Sí?, dice mamá. Todos reímos. De acuerdo, voy a fregar yo, digo. Todavía no, dice mi hermano. Hago caso y seguimos conversando en la sobremesa. La velada marcha muy bien. Como a la media hora mi hermano dice que me tiene un cuento. Y lo cuenta. Ése es el momento en que vuelve a reducirse, a perder años, a volverse menor que yo. Sigue creyendo que es mayor, pero no lo es. Veo cómo mi hermano no entiende nada, cómo va nuevamente volviendo a la edad que le corresponde, la edad de un chiquillo sin sentido común.

Primero me asusto y después empiezo a alegrarme. No es mi naturaleza, no le deseo mal a nadie, ni a mi hermano se lo deseo, pero no sé qué pasa. No digo una palabra, yo nunca digo una palabra. Estoy que no quepo en mí, lo que más hago es reírme. Mi hermano piensa que me estoy riendo gracias a él. Qué fatalidad. Tocas el cielo tan temprano que luego te encegueces y caes en picada.

Son los años duros, dice. El borracho del pueblo, dice, llama del teléfono público de la bodega al programa de participación radial. Los platos y los cubiertos vacíos, los vasos medio llenos sobre la mesa, la mesa que cojea. El programa es el programa típico de las noches en cada uno de los pueblos del interior del país. La emisora es de ese tipo de emisoras, las únicas que tienen sentido, donde todos los que giran a su alrededor se conocen: los radioyentes, los conductores, los técnicos de audio. Todos saben quién le habla a quién, de la pata que cada quién cojea, de qué presumen y de qué carecen.

Te escucho, le dice el locutor del programa al borracho. Quiero pedir una canción, dice el borracho. El locutor le sigue la corriente y bromea. Creo que mis padres, por los gestos, ya conocen la historia. De acuerdo, dice el locutor, pide la canción. Pero antes quiero dedicársela a alguien, dice el borracho. Pues muy bien, dice el locutor. ¿A una enamorada tal vez?, se aventura el locutor con su voz engolada. No, no, ninguna enamorada, dice tajante el borracho. ¿A quién entonces?, dice el locutor. Quiero dedicar la canción a los compañeros del Partido Comunista. Mejor aún, dice el locutor. Y a los solidarios camaradas del Gobierno, dice el borracho. Perfecto, dice el locutor. Y a la autoridad policial, dice el borracho. Cómo no, dice el locutor. ¿Y cuál es la canción?, pregunta, se nos acaba el tiempo, amigo. Yo quiero dedicarles, del grupo Los Van Van, «Que le den candela».

El golpe seco de mi padre tumbó a mi hermano de la silla.

CINCO

EL HIJO

Armando me pasó la mano por el hombro, me abrazó y se disculpó. Le he aceptado las disculpas porque es un hombre en desgracia y porque esta película tiene ciertos pasajes, a qué negarlo, en que lo recuerdo con cariño. Sabes que un hombre está muerto y su destino te resulta ya completamente indiferente, no lo vas a salvar, no vas a darle el tiro de gracia, entonces lo dejas ir, lo haces sentir un poco mejor, porque es ya un trámite lo que con ese hombre pase en adelante, sólo a su fantasma le van a suceder las cosas.

Yo también quiero decirles y pedirles algo, dijo mi madre, pero voy a esperar a María. Mi hermana cumplía su turno en el hotel, seguramente robando a dos manos, como sabía hacer. Sólo estábamos en casa nosotros tres. Yo acababa de llegar del servicio. No había piñata, ni gorros, ni pitillos, ni pastel de fresa, ni un colectivo de amigos, ni tíos, ni primos, ni una caja envuelta en papel de regalo, ni una cena especial esperándome.

Estaba mi madre, deforme, hecha un trapo, pura lividez. Estaba mi padre, titubeante, disminuido. Estaba yo, con mi uniforme militar encartonado. Estaban el teléfono y el televisor. Afuera llovía, un fondo plomizo. Parecía una tarde de revelaciones. Mi padre se había disculpado. Mi madre confesaba que tenía algo que decir. Y yo también. Le había dado vueltas al discurso con el que esperaba librarme de esa carga inútil que me había echado encima sin necesidad.

Tengo algo que confesarles: las llamadas telefónicas son mías. Me gustaría que conversáramos sobre un tema delicado. Atiendan. No sé qué hice, no estaba en mí, la vida del soldado es dura. A veces te aburres, saben, no hay nada que hacer, empieza como un juego, llamas un día, dices algo, quieres parar pero no puedes, te entretiene, te anima. Por favor, siéntense, me gustaría que tocásemos un tema que no sé cómo voy a tocar. La voz falsa, madre, es la mía. ¿Recuerdan esas extrañas llamadas telefónicas? ¿Las recuerdan? ¿No eran tan importantes? Bien. En todo caso, he sido yo, me arrepiento profundamente. ¿Las recuerdan? ¿Son graves? ¿Se han traumatizado? Bueno, es mi responsabilidad. ¿Se rompieron la cabeza buscando un culpable? Soy yo, no es otro, no es ningún vecino. No estoy orgulloso, pero lo hice. Pensé tragarme esto, pensé no decirlo nunca, pero ¿saben qué?, no lo voy a callar, hace que me sienta más mierda todavía. Yo fui quien llamó por teléfono y dijo todos esos insultos. ¿Ya lo sabían? ¿No tengo que decirlo? ¿Qué me están pidiendo? ¿Que cierre la boca? Escúchenme, voy a salir de esto rápido. ¿Las llamadas? Las hice en mis turnos de guardia. No hay una forma fácil de decir esto, necesito que

presten atención y que no griten ni insulten hasta que termine de hablar, necesito que escuchen hasta el final lo que tengo que decir. Uno se vuelve loco allá adentro, no hay amigos, no hay a quien confiarse, no hay más que vacío y una avalancha de tiempo que a cada paso se te viene encima.

No me decidía a arrancar. Estábamos sentados en la sala, Armando me preguntaba cosas que yo respondía sin interiorizarlas del todo. Mi madre apenas reaccionaba a mi llegada. En el camino, me imaginé entrando por la puerta, mi madre abalanzándoseme encima, comiéndome a besos, soltando algunas lágrimas. Yo esperaba, con suerte, una reacción a mi llegada lo menos empalagosa posible, algo que no me complicara el acto de confesar, pero ahora que las circunstancias me favorecían no quería para nada la parquedad de mi madre, su mirada ausente, su comedimiento, sino que comenzaba a extrañar su calor, una muestra mínima de afecto o de felicidad por mi regreso, no importa cuánto me costara luego zafarme de ello.

Le pregunté a Armando cuándo entregaba el auto y me dijo que después del chequeo médico de mi madre, en dos días. Íbamos a ir al hospital en el Nissan. Le pregunté si todos y me dijo que sí. ¿Tienes algún reparo en acompañarnos?, preguntó. No, ninguno, dije, vamos a la consulta. No recuerdo haber montado nunca en ningún carro de Armando, salvo aquel día en que se animó a llevarnos a la playa. Tu madre quiere ir sola al hospital, dijo Armando, hoy hemos peleado por eso. No puedes ir sola, le dije, y mi madre apenas se inmutó. Ella ha llevado el tratamiento casi por su cuenta, dijo Armando, la hemos dejado hacerlo a su manera, pero no hay avance.

Quizás la confesión de mi madre fuese lo suficientemente relevante o explosiva como para apaciguar o contrarrestar las secuelas de la mía, pensé sin muchas esperanzas. Armando era quien más hablaba, ya se había disculpado y nos restregaba en cara su comodidad. Estaba empezando a arrepentirme de haberlo perdonado. Tenía que haber demorado el perdón para usarlo como valor de cambio, perdón por perdón.

Un rato después, María llegó del trabajo, enchumbada en agua. Nos besó a todos. Dijo que se alegraba de verme en casa. Dejó unos bultos sobre la meseta de la cocina y entró a su cuarto a cambiarse de ropa. Tuve un deseo irrefrenable de seguirla, pero decidí mantenerme quieto. Mi hermana volvió a la sala, nos miró, miró a mi madre, nos dijo que la vigiláramos, y empezó a guardar varios paquetes en el refrigerador.

Ya María está aquí, le dije a mi madre, qué vas a decirnos. Mi madre, desde el balcón, balbuceó algo que no sé si alguien entendió y dijo que iba al baño y que ya venía. La lluvia seguía repiqueteando sobre las ventanas, y encima de ese ruido, unos segundos después, el mazazo sordo, un sonido inconfundible que nunca antes había escuchado pero que bastaba con escuchar una vez para saber qué significaba, de dónde provenía.

Corrimos todos. Armando y yo la miramos y yo estuve a punto de emitir un alarido histérico, cuando María nos apartó de un manotazo y se abrió paso entre nosotros. Córranse, dijo. María me despreciaba. Sabía cómo tratar las crisis y ese conocimiento me lo restregaba sin tapujos, sabiéndose, además, impune, porque en un momento como ése quién iba a reprocharle su actitud mandante y su soberbia. Soy mejor hija que tú, parecía decir con cada gesto de socorro. Diciendo sin decir, que es lo que mi hermana sabe hacer mejor.

Le sostuvo la cabeza y la alzó un poco para que respirara mejor. Acomodó su cuerpo en aquel tramo reducido de cuarto de baño. Le estiró las piernas, los brazos y le permitió convulsionar a placer. Un tableteo corporal espeluznante, como si mi madre fuera una ametralladora en ráfagas. Luego, por un momento, pareció morir.

Un suave rictus de paz le conquistó el rostro. Una línea grave le cosía los labios. Tenía los pómulos filosos, los ojos rendidos y los párpados abotargados, como dos cueros repletos de agua sucia. Sin embargo, no estaba muerta. El pie izquierdo se le movía constantemente, actuaba por su cuenta, como la cola cercenada de una lagartija. De la frente, justo arriba de la ceja derecha, manaba un hilo de sangre.

Nadie dijo nada, sólo las cosas parecían gritar, envueltas en tono dramático. Pequeñas bocas, mudas para el oído humano, se abrían en las paredes y en el espejo. Sangre en el borde del retrete, agua y sangre en el lavamanos, sangre en la juntura de las losas, sangre, ya negra, en su blusa y sus espejuelos. Gotas, manchones, charcos, desproporciones violentas. Las cosas pedían imperiosamente que las limpiaran.

Me provocó vergüenza el hecho de que no fuese yo el que estuviera sangrando. La sangre era pegajosa y macabra. Su ritmo, lento. Había algo de reptil en su cadencia. No chorros, no brotes repentinos, no arterias disparadas. El horror de la sangre que no parece darse por enterada, que siempre sigue serpenteando.

Más fuerte que la sangre, no obstante, era su olor. Me provocaba arcadas y las arcadas me provocaban rabia. Aún no podíamos mover a mi madre de sitio. La rabia hizo que empezara a limpiar la sangraza con un estropajo, y que la siguiera limpiando incluso después de haberla limpiado, como si quisiera no sólo actuar sobre lo sucio, sino también borrar ese presente que ya comenzaba a volverse definitivo. La herida no se cerraba, los párpados, los pómulos y la boca no recuperaban su condición natural, y el olor permanecía. Pasado un tiempo, dejé de restregar.

Armando levantó a mi madre, que ensayó un par de pasos, pero sus pies borrachos se tambaleaban. Miré sus hermosas várices, sus tobillos, a pesar de todo, torneados, el milimétrico instante en que sus talones se apoyaron en el suelo, intentando impulsarse, queriendo alzar el cuerpo y llevarlo un tramo más adelante, proyectarlo, como si los talones fueran

la persona toda y el resto de la persona no fuese más que un saco muerto que los talones se echaran al hombro.

Su lengua se hizo un nudo, una mujer de cincuenta años que empezaba a comportarse como una criatura dispuesta a curiosar. Hizo preguntas tontas, trabándose constantemente. ¿Así que en esto consistía rejuvenecer?

Se agarró la cabeza y comenzó a decir que le dolía. ¿Qué había sido eso? Llegamos al policlínico y la acostamos en una camilla de metal. Por todas partes había cajas con distintos letreros: nebulizadores, pinzas, guantes, pastas antisépticas. Mi hermana dijo varios nombres que supe que tenía que empezar a aprender: clobazán, valproato de magnesio, clonazepán, lamotrigina.

Le pincharon la vena, le cosieron la herida. La aguja zurcía la piel, el hilo empataba la abertura. Tenía la clavícula inflamada, un montículo violeta. Tenía cicatrices en casi cada sitio donde es posible tener cicatrices, y donde no es posible también. Mi madre como una camisa ajada que ya debería estar en la basura, como una prenda de vestir que pasó de moda pero que alguien estima mucho y, por lo tanto, ese alguien sigue cosiendo la prenda, tapándole los orificios, poniéndole los botones, ajustándole el cuello, tomándole las mangas. Hay prendas así, cómodas, insustituibles, de las que uno no se quisiera deshacer.

Empecé a cobrar conciencia del lugar en el que estábamos. Mi hermana y Armando sentados al borde de la camilla, yo de pie, yendo de un lado a otro. Nadie más mostraba preocupación por mi madre. El ritmo del policlínico no era el que yo esperaba. Me di cuenta de que un enfermo impacta rodeado de sanos, pero un enfermo no destaca entre otros enfermos.

Había un viejo paralítico, con una mano más corta que la otra. Daba pasos cortos y rectos. Su dolor era más rápido que él mismo. Cuando el dolor logra llegar a nosotros primero que nosotros mismos, cuando tal cosa sucede, es cuando empezamos a morir, pensé. Había una mujer descompuesta, pidiendo una pastilla en falta. Había una adolescente con asma. Había otra mujer, que irrumpió casi gritando, y que todo el personal de servicio parecía conocer. Me cayó mal. Creía que su padecer era más padecer que el resto de los padeceres que se congregaban allí. Hablaba de medicamentos y diagnósticos como si fuera médico, pero se veía que no lo era.

Seguí mirando a mi madre, sus lindos mocasines negros, con adornos encima, como dos ajustadas manos de vinilo recogiendo los pies. Miré la sutura sobre la ceja derecha y creí ver, más que una sutura, uno de esos lazos azules que usaban para ir a la escuela las niñas de la época en que mi madre era niña. Nos dijeron que ya podíamos irnos y que no faltáramos a la consulta del hospital.

La mujer con ínfulas de doctora, insoportable, seguía llamando la atención con su desespero. Agarré a mi madre por los hombros y fui detrás, sosteniéndola, dando pasos cortos y agónicos hasta la puerta de salida, donde pedimos un coche de regreso a casa. En el camino, Armando sostuvo a mi madre. Yo fui conversando con mi hermana.

LA MADRE

Afuera llueve y mi hijo ya está en casa, pero de qué sirve, si se va a volver a ir. Voy a quedarme quieta para no espantarlo. Ha empezado a tronar. Desconecto el televisor, la lavadora y el resto de los equipos eléctricos. Es hora de confesar, en cuanto María llegue. No puedo seguir en esta carrera loca.

Bien, debo decirles algo: No hubo llamadas, nunca nadie llamó para ofenderme, apenas acabo de darme cuenta de que nunca sucedió y de que fue producto de mi enclaustramiento, fantasmas que una imagina y conversaciones imposibles en las que una participa. Es un discurso conciso y directo, sin flancos débiles ni cantinfleos y ninguno se atreverá a cuestionarme.

¿Cuándo entregas el Nissan?, le pregunta Diego a Armando. El metal de su voz es ahora mucho más grave, poco a poco se volverá adulto y su cuerpo y su pensamiento y su fortaleza física se irán ajustando a esa voz, desmesurada para la poca cosa que mi hijo todavía es. Después del chequeo de tu madre, en dos días, dice Armando. ¿Vamos a ir al hospital en el Nissan?, pregunta Diego. ¿No quieres ir?, pregunta Armando. Sí, claro, quiero, vamos a la consulta, dice Diego.

No es raro que se asombre, sólo una vez montó en uno de los carros asignados a su padre, para aquel extraño viaje familiar a la playa. Armando no permitía que los bienes del Estado, como le gustaba decir, se utilizaran en fines personales. Tu madre quiere ir sola al hospital, dice, hoy hemos peleado por eso. Apenas me inmuto, voy a agotarlos por cansancio. Ella ha llevado el tratamiento por su cuenta, dice, la hemos dejado hacerlo a su manera, pero no hay avance.

Quien no ha estado enfermo cree que las enfermedades son totales. Pero si los sanos se enferman, y tienen recaídas eventuales, ¿por qué entonces los sanos creen que los enfermos no tienen destellos de salud, días en los que la enfermedad no se expresa en absoluto y nuestro cuerpo y nuestra mente recuperan su vitalidad acostumbrada?

Pueden creerlo o no. Sé lo que están pensando, pero fue una secuela de mi enfermedad, una ensoñación mental que se ha manifestado como un efecto secundario por la fuerte dosis medicamentosa a la que he estado sometida. Yo misma me lo fui creyendo poco a poco y me pareció que todos debían creerlo junto conmigo. No los he engañado deliberadamente durante todos estos meses, no ha sido eso.

Voy hasta el balcón, miro la turbonada, los dedos de agua que ruedan por el cristal. Muchos aguaceros me cayeron encima durante los años duros. No sabías cuándo podían ocurrir. A veces era sólo una amenaza, el cielo encharcado. A veces caían de súbito, como molestos, y con la misma volvían a desaparecer. A veces ni siquiera alcanzaban la tierra, pero otras, las más, golpeaban con tanta fuerza que el agua se acumulaba en remolinos alrededor de las alcantarillas.

Yo corría a casa con mi bolsa de maestra debajo del brazo. Los zapatos húmedos, las medias empapadas, la blusa pegada a la espalda, los poros erizados, los huesos reblandecidos y el frío en los músculos. Las nalgas se me erizaban, los pezones de punta. Sin embargo, ya en casa, a salvo, sentía que los rasgos se me acentuaban, un toque elegante en alguna zona ubicada entre mi boca, mi nariz y mis ojos, el foco central del rostro, cierta proporción que es la que en realidad dicta o anula la belleza.

María llega del trabajo, empapada. Nos besa a todos y le dice a Diego que está contenta por tenerlo de vuelta. Deja unos bultos en la meseta de la cocina y va a su cuarto a cambiarse de ropa. Luego dice que me vigilen. Tengo ganas de orinar y busco el baño. ¿Estás dormida, Mariana, o estás despierta? ¿Qué pasa contigo, mujer? ¿Por qué alguien como yo no querría morir? ¿Por qué alguien, no como yo, alguien cualquiera, no querría morir? ¿Por qué alguien que no está ni en la muerte ni en la vida pero que tiene la muerte a tiro no se decide de una vez?

No quiero morir no porque quiera vivir. Si muerte es lo que sobra, si muerte es todo lo que hay por delante, ¿por qué tendría yo que adelantarla, que sumarle muerte a la muerte? ¿Y cómo se le podría sumar muerte a la muerte, si la muerte es una, y es siempre, y que sea a partir de hoy, o de mañana, o de aquí a veinte años, es algo que no reviste la menor importancia, porque en cualquiera de los casos sería la misma cantidad de tiempo?

Vocean mi nombre, reconozco el conjunto de sonidos que lo conforman antes que la voz que lo pronuncia. Sé que lo dicen, pero no quién. Es una voz trucada, similar a la voz de los teléfonos. Me balanceo como por un embudo.

Hay espuma en mi boca y sangre en mi garganta. No he podido desarrollar un método preventivo que me alerte sobre las crisis. Suceden y punto. Tendría que vigilarme, pero mantengo la vigilancia justo hasta el momento en que el apagón absoluto va a suceder, conspirando contra mí misma. Quiero levantarme, pero lo sigo posponiendo, encadenada al segundo siguiente y al siguiente, y a pasar este momento, que ya es, que ya fue, en la misma posición en que estoy ahora, en este otro momento, que ya está siendo, que ya va a ser, que ha sido, tumbada en el suelo.

Armando se coloca detrás de mí y mete sus brazos por debajo de mis hombros. Me alza. Veo mi silueta recortada contra las losas del baño. La casa se ha inclinado parcialmente y gravita. Dentro del dolor generalizado, me late la clavícula, la frente, el hombro y la rodilla derecha. Son pequeños puestos de mando ubicados en las zonas machucadas por la caída. Con el regreso de la conciencia el cuerpo emite sus señales. El primer chispazo lo da el dolor. El sufrimiento es la paz.

EL PADRE

Dos sistemas de atención tienen las personas, según los entendidos. Pensar rápido es el primero, que es casi no pensar sino, para ponernos estrictos, actuar de entrada, con intuición, con fluidez. Y pensar despacio es el segundo, que es más que pensar, es pensar dos veces y, si hay tiempo, hasta tres, haciendo a la larga que sea más lo pensado, ese bucle neurótico, que aquello sobre lo que se pensaba. He descubierto mi problema: soy del segundo grupo y siempre quise ser del primero.

Rápidamente observé a la mujer que irrumpió desesperada en el policlínico y que por sus conocimientos casi parecía una doctora. Me le acerqué a la enfermera y le pregunté con discreción cuál era el problema de la señora y me dijo que tenía una hija de trece años con Síndrome de West. Perdón, dije, ¿qué es el Síndrome de West? Supe que la hija de la señora no podía moverse, que sufría más de veinte epilepsias diarias y que en ese momento, en que su madre entró pidiendo ayuda, estaba respirando con dificultad. ¿Tiene mejoría?, pregunté. El Síndrome de West es degenerativo, dijo la enfermera, cada día le irá peor.

Me fui pensando en eso, pero no porque lo buscara. Al contrario, se trataba de ese tipo de pensamientos de los que uno quiere despegarse y no puede, ciertos datos que, una vez juntos, por la manera en que combustionan parecen tal para cual. Una niña de trece años y una enfermedad degenerativa, más de veinte ataques epilépticos diarios. Nos fuimos en un coche y yo me mantuve dándole vueltas a ese asunto todo el camino. Sujetaba a Mariana, mientras mis hijos conversaban y el cochero le gritaba insultos al caballo para que anduviese más rápido.

Encima de nuestras cabezas se acumulaban desechos, como si la luz suave de la tarde fuese filtrada por un colador que pendía sobre nosotros. Luego ese destilado embarraba lentamente los edificios y las casas del pueblo, una blanquecina nata municipal. Ya había escampado. Después de los aguaceros todo parecía más sucio y percutido. Gotas de fango en mis zapatos y en los bajos de mis pantalones.

El coche brincaba en cada bache. Con el golpe de la rueda los charcos de agua sucia reventaban y nosotros brincábamos como muelles dentro de la carroza. La armazón de hierro oxidado, en vez de avanzar con el trote del caballo, se columpiaba hacia los lados. Los forros de vinil parecían querer rajarse con cada topetazo. El vapor que sucede a la lluvia subía del asfalto y se mezclaba con el polvillo de la mierda seca de caballo.

La noche no fue particularmente memorable. Creo que comimos unos sándwiches, algo bien ligero. Mariana había dicho que tenía algo que decirnos, pero nadie le recordó ni le preguntó nada. Las magulladuras la cubrían, y el enfermo adquiere esa estatura moral que le permite hacer o no hacer, decir o no decir, y todos los sanos nos subordinamos a él de alguna manera. Estuvimos durante un par de horas frente al televisor, aunque realmente no atendíamos los programas, cada cual concentrado en lo suyo. No puedo decir qué distraía a los demás, pero yo continuaba intrigado con esa paciente de trece años. Me resultaba imposible imaginar un cuadro semejante, qué era exactamente lo que significaba todo eso, la enfermedad, la edad, las crisis minuto a minuto.

María llamó por teléfono al neurólogo para confirmar la cita y ahí fue cuando el neurólogo nos dijo que le convenía que adelantáramos la consulta para el día siguiente porque tenía algo importante que comentarnos. Mariana asintió con la cabeza, le daba igual un día que otro. Por mí está bien, dijo Diego. No hay problema, dije, vamos mañana. De acuerdo, doctor, estaremos en el hospital mañana temprano, dijo María.

Si es así, creo que voy a acostarme ya para manejar descansado, dije. ¿El carro tiene gasolina?, preguntó María. Llené el tanque por la mañana, dije. Gasta esa gasolina antes de entregarlo, dijo Diego, que no se queden con nada tuyo. No respondí, estaba demasiado confundido. Que sea lo que sea, pensé. Bebí un vaso de agua, vacié la vejiga y me tendí en el lado izquierdo de la cama. Por primera vez en años pensé si no tendría también yo una enfermedad. Todo el mundo enfermándose, todo el mundo cayéndose a pedazos, ¿y yo íntegro? Comenzó entonces el calvario.

No puedo decir si esa noche me dormí al instante o si nunca dormí. Nunca me había sucedido algo igual. Es sabido que los bebés en el útero pueden llorar. No importa que no haya aire, o que sus pulmones y vías respiratorias se mantengan llenos de líquido amniótico, y que todo eso impida que se genere algún tipo de ruido parecido al llanto. Pero se llora ahí dentro, en silencio, gritando y lagrimeando sin que lo sepa nadie.

No podía moverme, no podía abrir los ojos. Nadie podía oír mi conversación ni tampoco mis auxilios. Estaba atrapado en una zona intermedia, parapléjica, en que la cabeza está despierta y el cuerpo dormido. Yo quería manotear y las manos no se movían, y esa inmovilidad continua me cansaba más que una maratón. ¿Qué es lo que me falta?, pensé. ¿Acaso gasolina? ¿Soy un auto que quiere arrancar y no puede, carburando en baja, amagando?

Me dije: Mantén la cabeza fría, Armando. Me dije: Concéntrate y muévete despacio y escapa en puntillas de este purgatorio. Y me pareció que empezaba a funcionar. En algún momento me vi levantándome de la cama, todo oscuro ya, Mariana acostada a mi lado con una crisis sacudiéndole el cuerpo como una maruga, el brazo del lóbulo temporal zarandeándola de arriba abajo, yo calzándome las chancletas, haciendo

el menor ruido posible, llegando hasta la cocina y abriendo la puerta del refrigerador, los ojos entrecerrados, pasándome la mano por la barriga, sintiéndome en los hombros el peso de tantos años, un agotamiento crónico, tomando una jarra de agua fría y sirviéndome un vaso hasta la mitad, la luz congelada del refrigerador hiriéndome las pupilas, el sonido de mi garganta tragando agua, el sonido del vaso de cristal colocado en la meseta.

Regresé a la cama y me escurrí bajo las sábanas y enseguida me di cuenta de que nunca había salido de ahí, de que había seguido durmiendo todo ese tiempo, y sólo estaba soñando, pero con una conciencia muy clara, con un ojo abierto y el otro cerrado, digámoslo así. Dentro de casa los límites de un sueño que más bien funcionaba como un cuadro muy realista, es decir, no era un sueño muy enrevesado, ni intrincado, ni críptico, no era un sueño repleto de enigmas, ni que viajaba a lugares o a momentos perdidos de la infancia o la primera juventud, sino que era una secuencia bastante obvia, que nadie soñaría.

¿O quién sueña el momento en que se despierta? ¿Quién se sueña levantándose de la cama y yendo hasta la cocina? Por supuesto, me aterró que yo me engañara así. Que quisiera despertarme y que, en efecto, mi cabeza me hiciera creer que me despertaba. Todo eso fue descubierto en cuanto me metí en la cama nuevamente porque empecé entonces a soñar que en la cama nuevamente me metía, a soñar que soñaba, y así estuve, vigilante durante un par de horas, sin que nada sucediese, soñando que dormía, soñando a un hombre, a mí, tendido sobre la misma cama que yo había venido ocupando quién sabe desde cuántas noches atrás.

No fue un sueño aburrido, a pesar de que no pasaban muchas cosas dentro de él, salvo los movimientos irrelevantes de las personas dormidas, Mariana y yo. Algún reacomodo del cuerpo, cierta mano que cambia de sitio, el aire del ventilador batiendo las sábanas. No me aburrí porque todo eso, precisamente por el hecho de estar siempre dormido, era algo que nunca había podido ver. ¿Cómo dormía yo? ¿Cómo dormía mi mujer? ¿Y cómo se veía mi habitación en plena madrugada, cuando nadie la había visto?

Pensé que la noche iba a continuar así, hasta que finalmente empezara a soñar con la luz del día filtrándose por las ventanas, soñando luego que me despertaba, ahora sí en serio, y luego que se despertaban todos y que nos íbamos al hospital en el Nissan y luego que regresábamos, con buenas noticias para Mariana, el doctor había dicho que notaba en el estado de la paciente una creciente mejoría, una reducción muy positiva de los focos epilépticos, y luego que seguíamos nuestra jornada, más o menos en familia, sin celebrar pero sin pelearnos tampoco, yo y mi hijo conversando como alguna vez lo hicimos, luego yo entregando el Nissan en el hotel, las llaves de la oficina y todas las prebendas materiales que me convertían en director, luego yo aceptando el puesto que me asignaran, y pasando allí los días por venir, viendo el mundo correr,

entendiéndolo todo, sin implicarme, sin mover un dedo, en condición de mero espectador, tal como sucede en los sueños.

Pero no. En algún punto de la noche, la pantalla del sueño se dividió en dos, y en una seguí viéndome dormir, y en la otra la secuencia de siempre comenzó a rodar. Un hombre de espaldas abrió con mucho sigilo la puerta de un auto parqueado en el estacionamiento. El auto que, una vez puesto en marcha, avanzó como un susto por la carretera negra, primero paulatinamente, a cuarenta y a ochenta y a ciento cincuenta después, e incluso luego a doscientos y más. Los padres y los padrastros ideológicos a un costado de la vía, como de costumbre. Sólo que yo no estaba viajando ya en ese auto, porque seguía en mi cuarto, soñando que dormía.

El auto llegó a una casa negra, abandonada en medio del campo. El chofer se bajó, tocó a la puerta y del otro lado un señor le contestó. No se veía nada, sólo negro sobre negro, pero yo supe por el sombrero que se trataba de un campesino. Iniciaron lo que parecía una especie de transacción y luego el campesino cerró la puerta y el chofer cargó con unos sacos y un par de cajas y las guardó en el maletero del auto. Comenzó entonces el viaje de regreso y, casi al llegar al estacionamiento, el sueño que durante meses me había venido hostigando repentinamente cambió de formato y aquella secuencia se iluminó. Empezaron a sonar las sirenas de la policía y a girar las luces rojas y azules de una patrulla, que le cayó detrás al auto negro, ya no tan negro porque lo matizaban el ruido y las luces refractarias, hasta que el auto, que no se había detenido ni una vez ante las señas de los padres y los padrastros ideológicos, se detuvo mansamente en la cuneta.

Dos policías se acercaron a la ventanilla del chofer y parecieron pedir los documentos. El chofer pareció no tenerlos y parecieron pedirle que se bajara del auto. El chofer accedió. Intercambiaron unas palabras, fueron hasta el maletero, revisaron las cajas y los sacos. ¿Qué parecía haber allí? ¿Qué es lo que estaba cargando aquel chofer que tanto alarmó a los policías, a juzgar por sus rostros contrariados?

Lo colocaron contra la puerta del auto, con las piernas y los brazos abiertos. Lo revisaron, le pusieron las esposas y lo subieron al asiento trasero de la patrulla. Luego los policías tomaron algunas de esas cajas y esos sacos y los guardaron en su maletero. El auto de tantas pesadillas quedó, por lo pronto, en la cuneta, y la secuencia del sueño siguió con la patrulla, cuyas luces giratorias iban esclareciendo por primera vez toda aquella negrura. Unos minutos más tarde la patrulla entró al pueblo, llegando finalmente al barrio, algo que hasta última hora no supe que iba a ocurrir. Uno de los policías subió las escaleras, tocó la puerta del apartamento y yo, sabiendo que me buscaban, y queriendo que no se despertara nadie más, me apuré en abrir.

Las dos pantallas paralelas del sueño volvieron a fundirse en una. No sabía ya en qué punto estaba, ni me molesté en averiguarlo. El policía pidió disculpas por despertarme a una hora tan temprana. Cumplidas

las formalidades, me dijo que habían detenido al ciudadano René González en un Nissan del 95 propiedad del Estado, que el ciudadano aseguraba que ése era mi carro, que él era mi chofer y que estaba bajo mis órdenes.

¿Por qué lo han detenido?, dije. No sé, dígame usted, dijo el chofer, parado en la puerta de mi casa, pero con una actitud como si fuera la suya. En cualquier otro momento de mi vida yo habría sabido qué contestar, pero ahí no supe. ¿Es o no es su chofer?, insistió el policía, con facha de diablo. Era el segundo de la transformación.

LA HIJA

El viaje hasta el hospital demora tres horas y media. Vamos por la calle mi madre y yo, solas, pidiendo aventones. Mi madre parece más contenta, a pesar de que todo se nos viene encima. Mi padre ha terminado en la comisaría y mi hermano ha ido a averiguar por qué.

Nosotras tomamos un ómnibus y luego el jeep de un teniente coronel nos deja en la puerta del hospital. Llegamos a la consulta del neurólogo con quince minutos de antelación. Mi madre tiene una sonrisa de loca que no se le borra. Otra paciente saca un termo y nos brinda café, dice que desde anoche está acá. Le agradezco el gesto, no tengo ganas de conversar con nadie. Si le acepto el café, caigo en la trampa. Empezaré a darle a la lengua y nos vamos a ver obligadas a responderle.

Justo a las ocho y media de la mañana, el neurólogo nos hace pasar. No le importa que haya otros primero. Caminamos por un pasillo semioscuro y sucio y entramos en la tercera puerta a la derecha. Enfrente hay una sala de ingresos. Casi todas las camas están vacías, tendidas con sábanas verde limón. Se escucha la queja de los enfermos, pero no veo a ninguno. Nos sentamos en unas sillas de hierro, observo la consulta. Hay polvo acumulado, papeles y expedientes amarillos en estanterías masticadas por el comején. Las persianas están rotas y el olor del lugar no me gusta. Olor a ámpulas, a inyecciones, a jeringas infestadas y a algodones con sangre.

Esto no es una consulta de neurología, pienso. De la pared cuelgan carteles preventivos que alertan sobre el cáncer de mama y sobre el daño severo que causa el cigarro en las vías respiratorias y los pulmones. La célula del cáncer es la única célula inmortal. Cuando no le queda nada por comer, se come a sí misma, pero nada la mata.

El doctor que nos hizo pasar viene acompañado. Se presentan ambos. Junto al neurólogo, un especialista de oncología. Ésta debe ser su oficina. Dicen que encontraron algunos parámetros alterados y que por eso insistieron en conversar con algún familiar. Yo estoy ahí, aunque todavía no se dirigen a mí. Hablan con mi madre, ella no les contesta. ¿Tú eres...?, me dice uno de ellos. Soy la hija. ¡Ah!, la hija. Perfecto, dice.

La verborrea médica demora más, pero mi cerebro ataca y receptiona los puntos importantes. Van a empezar un estudio nuevo, me dicen. Van a ordenar nuevas resonancias magnéticas y nuevos encefalogramas y nuevas tomografías. No están seguros de que la epilepsia parcial de los lóbulos temporales sea una consecuencia del tratamiento indicado a mi

madre con la quimioterapia, después de la histerectomía total. Y hay más. Han vuelto al caso desde el inicio. Les llama la atención no haber dado con una respuesta más o menos certera. Llevan meses pegando palos de ciego, dando tumbos con varios medicamentos cuya efectividad ha sido ampliamente comprobada en otros pacientes. La mirada de mi madre es una mirada que se acerca y huye.

Ellos necesitan saber algo. El neurólogo le pregunta si realmente ha cumplido con el tratamiento. ¿Usted se está tomando las pastillas, Mariana? Mi madre no contesta. Sus manos se mueven. Unas lunas negras le crecen debajo de los ojos. Me afinco en la silla de hierro. El día anterior, en el coche camino a casa, tuve una conversación con mi hermano sobre las cosas cuyas apariencias engañan, como los pollos amarillos que las familias del pueblo criaban en jaulas de alambre durante los años duros, bajo el calor de un foco incandescente, para que al final todos murieran. Parecen nobles, me dijo, pero los pollos son caníbales.

Les pregunto por qué tienen esa duda. Todos los pacientes no reaccionan igual, cada organismo es único. Hemos encontrado que la biopsia de Mariana arrojó un tumor insignificante, muy pequeño, dice el oncólogo. A su madre, después de la operación, nunca se le indicó una tanda tan agresiva de citostáticos. El oncólogo quiere saber cómo Mariana consiguió la orden para las sesiones de quimioterapia. ¿Quién la autorizó? ¿Por qué se ha envenenado voluntariamente? Mariana no abre la boca.

Está el picaje de la punta de los dedos, que ocurre en fechas tempranas, sobre todo cuando, por alguna cuestión metódica, se mantiene a los pollos recién nacidos en ayunas durante las primeras cuarenta y ocho horas. Antes de que llegue el pienso, ya los pollos más ágiles pueden haberles picado los dedos a los pollos más débiles.

No lo sé, doctor, dice al rato, sin borrar una mueca de su cara. Yo simplemente no podía seguir, dice. ¿Seguir con qué? Pasan uno o dos minutos y nadie más habla. Le beso la cabeza. Ha dejado de ser mi madre. Vamos a permanecer juntas, en silencio hasta el final, pero ha dejado de ser mi madre. No me puede molestar lo que haya hecho alguien que ya no tiene nada que ver conmigo.

Está el picaje que ocurre en las mudas, a partir de las gotitas de sangre que dejan las plumas al ser arrancadas. Está también el picaje de las pollitas, resultado del color rojizo que toma el oviducto cuando las puestas van a comenzar. Y está el picaje terrible de los pollos en crecimiento. El emplume comienza alrededor de las tres semanas. Entonces se pican el dorso, el nacimiento de la cola e incluso pueden llegar a vaciarse el intestino.

Todo el amor que ella había logrado acumular en mí le iba a seguir bastando, no se iba agotar, pero ya no volvería a generarse entre nosotras un amor diario y constantemente nuevo.

Según mi hermano, el soldado del servicio militar debe procurar dos cosas en la noche durante su turno de guardia. La primera es asegurarse de que algún soldado inexperto lo acompañe el mayor rato posible. Se llega a aprender que cualquier compañía, la que sea, bajo las condiciones que sean, es buena. Y no es el soldado de guardia el que tiene que entretenerse, sino el acompañante, para que no se marche. Y la segunda es dominar el arte del cabeceo, que no es un sueño profundo, ni siquiera es un sueño a secas, sino un estado como de larva que cualquier soldado más o menos decente, con más de seis meses de experiencia, debe ser capaz de alcanzar.

Les agradezco a los doctores y les prometo que voy a vigilar el tratamiento. Los doctores dicen que nos van a visitar, no quieren seguir presionando ahora con preguntas. Nos despedimos. Demoramos otras tres horas en regresar a casa. La abrazo por el camino y le paso la mano por la cabeza, ella llora. Cuando llegamos, respiramos profundo. Mi madre canta la canción de la gallina vieja y se pone a bailar.

Hay varias causas que provocan el canibalismo entre los pollos. El exceso de calor, el amontonamiento en el criadero, especialmente en los bebederos y los comederos, y la falta de proteínas y la mala alimentación. También los pollos débiles o tarados sufren mucho. En la jaula de alambre, el vicio del aburrimiento es hereditario. Y eso, el aburrimiento, es la razón principal por la que los pollos inofensivos, los pollos terriblemente inofensivos, los pollos mortalmente inofensivos, terminan picoteándose unos a otros, comiéndose las vísceras.

